

SOLSI JERROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

LA FRÍA PIEL DE LA MUERTE

Donald Curtis

SÓLO MAYORES DE **18** AÑOS

Asforain



LIBROS
BRUGERA

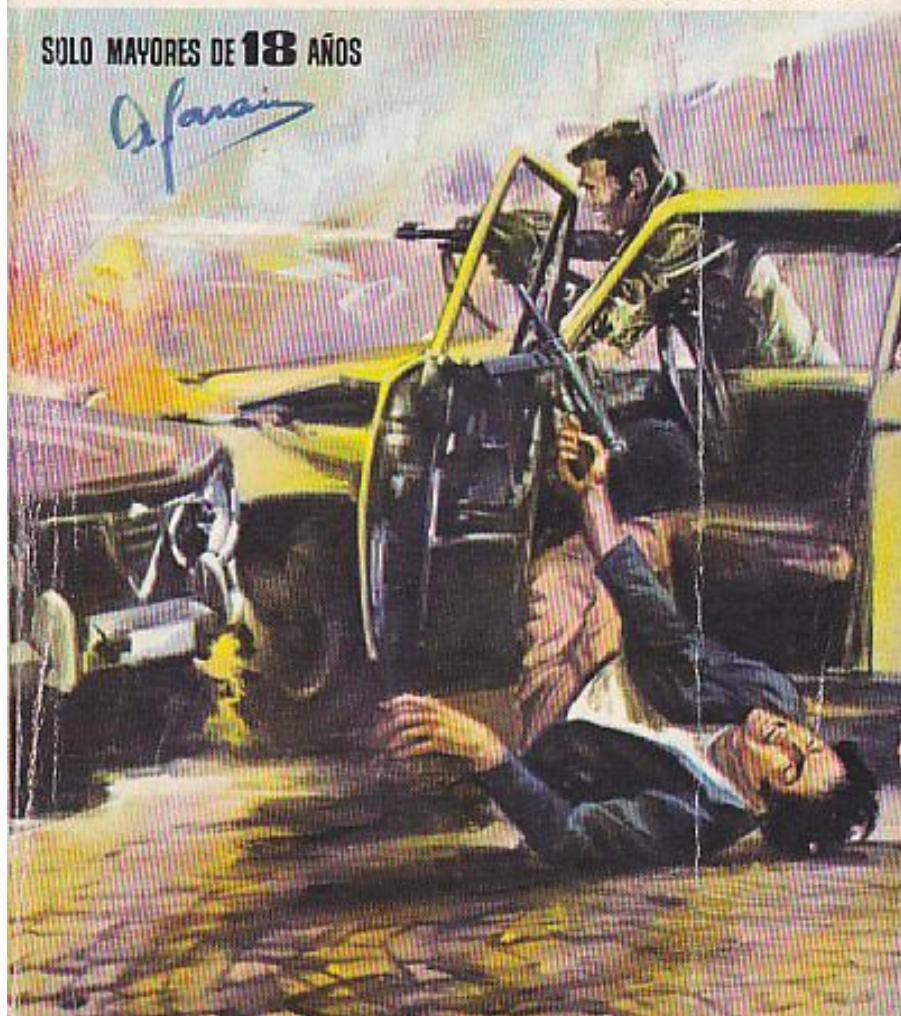
PUNTO
ROJO

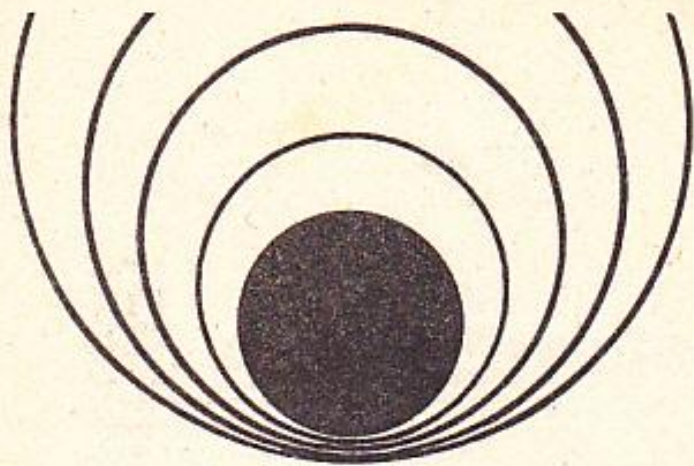
LA FRÍA PIEL DE LA MUERTE

Donald Curtis

SÓLO MAYORES DE 18 AÑOS

Asfari





PUNTO ROJO





DONALD CURTIS

LA FRIA PIEL DE LA MUERTE

Colección PUNTO ROJO n.º 1007 Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA
EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.431 — Del color del cobre.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.447 — Un periódico llamado *El Epitafio*.

En Colección SALVAJE TEXAS:

205 — El revólver es mi ley.

En Colección COLORADO:

741 — Mi hermano el diablo.

En Colección ASES DEL OESTE:

630 — Sin nombre ni pasado.

En Colección BRAVO OESTE:

561 — Quema la tierra.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

124 — Alcohol en las venas.

En Colección CALIFORNIA:

787 — La sombra de la sogá.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

60 — ¡Killer!

En Colección KANSAS:

939 — El retorno del «Halcón».

ISBN 84-02-02520-X Depósito legal: B. 20.600-1981

Impreso en España. Printed in Spain.

1.a edición: agosto, 1981

© Donald Curtis - 1981

texto

© Miguel García - 1981

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.

A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1981

P R O L O G O

¿Por qué me metería yo en esto? Dios mío, ¿por qué?

No podía terminar bien. No, no podía ser. Desde un principio, todo fue mal. Y yo, estúpido de mí, no me di cuenta. Seguí adelante, igual que un sir Gallahad de los nuevos tiempos, dispuesto a defender a mi dama.

Ahora, es demasiado tarde para volverse atrás. Es demasiado tarde para todo, en realidad.

Cuando recuerdo el modo en que comenzó todo, me doy cuenta de lo torpe y estúpido que pude ser para dejarme envolver y embaucar en

este horrible lío que me envuelve como una sucia telaraña.

Y lo malo es que así seguiré hasta el último momento.

Ese último momento, naturalmente, es el de mi muerte. Y está tan cerca ya...

Es curioso. Muy curioso.

Pensar yo en la muerte... Yo, que he vivido tanto tiempo entre ella, rodeado de su presencia intangible, de su siniestro significado impalpable. La muerte ha sido, en cierto modo, parte de mi propia existencia, por paradójico que parezca. Ahora enfrentarme a ella me causa horror.

Dirigiendo la vista atrás, a mis recuerdos de estos últimos tiempos, me doy perfecta cuenta cómo se fue escalonando todo, hasta llegar a esta situación límite. De qué diabólico modo, las piezas de un siniestro y trágico *puzzle* fueron encajando unas con otras, movidas por una mano maestra, por la mente de un asesino despiadado, frío y cerebral, que desconoce la clemencia y los sentimientos cuando su persona está por medio.

Así, lenta, muy lentamente, la telaraña fue tejiéndose en torno mío sin que yo mismo me diera cuenta de ello. Fue como ir envolviéndome en unos hilos invisibles pero sólidos y viscosos, que se adherían a mi cuerpo con la fuerza de tentáculos, para que así, llegado el momento, su presión me asfixiara, su densidad pegajosa y glacial me ahogara irremisiblemente, sin poderme desprender de la trampa mortal en que yo mismo había caído.

Eso es lo que me ha sucedido. Ese momento ha llegado. Es éste. Y resulta inútil lamentarse, llamarse estúpido y ciego por no haber sabido ver a tiempo la realidad, la cruda y terrible realidad que me conduce de modo inexorable hasta un destino fatal, definitivo.

Mi nombre es Ross Garfield. Soy un hombre joven y he tenido ambiciones. Llegó un momento en que esas ambiciones parecían fundadas y se abrió ante mí un futuro prometedor. Me podrían definir como el típico *self-made-man* americano el hombre audaz, decidido y con iniciativa, que se hace a sí mismo. Y, por supuesto, se me puede integrar en ese modo de vida tan americano que le hace a uno pensar que cada hombre tiene siempre su oportunidad. El sueño de todo americano medio, se hace así posible, desde soñar con ser propietario de una gran cadena de empresas, hasta aspirar a la presidencia de los Estados Unidos.

Sí, a todos nos gusta buscar y encontrar ese «lugar al sol», reservado para el hombre americano con capacidad y ambición por bandera de sus logros y de sus metas.

Lo malo es que, a veces, ese lugar en el sol no existe realmente, y uno se encuentra, de

súbito, tiritando de frío bajo una lluvia glacial que le empapa hasta los huesos, mientras un viento helado le zarandea implacable, advirtiéndole que todos sus sueños de buen americano se fueron al garete y que una cruda e incontrovertible realidad se impone a todo lo demás.

Ese es mi caso. Mi maldito y horrible caso, que está a punto de cerrarse. Y, como resulta lógico en estas circunstancias, sólo existe un modo de cerrar el *affaire*: matarme.

El asesino va a matarme, lo sé. No tiene otra salida.

Existe una segunda posibilidad: dejar que me capture la policía, vivo o muerto. Si intento huir —y es lo que estoy intentando desesperadamente en todas estas últimas horas—, los agentes de la Ley dispararán sobre mí sin contemplaciones. Sé que tienen orden de tirar a matar. Soy un hombre peligroso. Lo he oído en los boletines radiados por la onda policial. Se me busca como a un perro rabioso, y como a tal se me tratará si enseño mis dientes. Muerto, sea de manos de la policía o de ese cruel asesino en la sombra que me ha tendido la trampa desde el principio, ya no seré un peligro para su persona. Un criminal quedará impune. Y un inocente —yo—, habrá sido abatido a alazos sobre el asfalto de la gran ciudad.

Si me entrego, seré encarcelado, procesado y, sin duda alguna, ejecutado por múltiple asesinato. Las últimas épocas de violencia han hecho muy duro a este Estado. La pena capital se ha reimplantado, con todas sus trágicas consecuencias. No dudo de que mis acusaciones ante un juez y un jurado resultarán grotescas y disparatadas. No tengo pruebas. No tengo evidencia alguna de que digo la verdad. Nadie va a creerme.

Absolutamente nadie. Sé que el criminal tendrá coartadas, evidencias a su favor. Es una persona demasiado lista para no haberse cubierto bien las espaldas para el caso de que yo llegue con vida al día del proceso.

De todos modos, el final es el mismo: la muerte.

Por eso quiero jugarme a la desesperada mi última, mi definitiva carta. Quiero enfrentarme a la única persona en el mundo que puede salvar mi pellejo: el propio asesino.

Esa es la razón por la que ahora, mientras los recuerdos se agolpan a mi mente, mientras el sudor empapa mi epidermis y humedece mi camisa y mi chaqueta en este cálido y bochornoso verano de la gran urbe, trato de llegar adonde espero reunirme con el asesino en una cita definitiva, trágica y desesperada.

Y ese lugar adonde trato de llegar eludiendo la búsqueda policial, sintiendo retumbar en mis tímpanos las sirenas de los coches patrulleros y desfilando por mis cansadas retinas el centelleo rojo de sus luces intermitentes y giratorias, es el más adecuado para esta escena final de mi vida.

Ese lugar es... la propia Muerte.

La Muerte.

Allí espero que nos encontremos. El asesino y yo. Con la Parca por único testigo. Y por juez supremo y definitivo.

Pero mientras trato de llegar allí, mientras me muevo por este laberinto de asfalto, cemento y acero, en una carrera exasperada contra el reloj y contra el destino mismo, me pregunto una y mil veces.

«Dios mío, Ross, ¿cómo comenzó todo esto? ¿Cómo y dónde comenzó?»

CAPITULO PRIMERO

Comenzó aquel día lluvioso y húmedo. Comenzó en aquel hermoso edificio de piedra y mármol, de grandes y rápidos ascensores, de cristalerías donde se reflejaba la ciudad como en un espejo, mientras la edificación ascendía hacia la cumbre nubosa de los rascacielos.

Yo era entonces Ross Garfield, el ejecutivo modelo. Impecable, elegante sin excesos, vital, jovial sin estridencias, eficaz y seguro de sí mismo. Ese era yo en ese día, en ese momento en que crucé el umbral del amplio vestíbulo del edificio, con su interminable hilera de lujosos despachos amueblados, ocupados por las más diversas empresas, y con seis ascensores conduciendo infatigablemente a nutridos grupos de personas en un constante fluir arriba y abajo, que llegaba a ser congestión humana en las horas punta del trabajo.

Me detuve ante la lista de nombres de oficinas con mi cartera plana, de almacén de aluminio, buscando uno en concreto. Lo encontré fácilmente. Tenía las letras más gruesas, y ocupaba toda una planta del moderno edificio, exactamente la número decimosexta.

Bacharah and Bacharah, Incorporated, era por tanto una empresa de importancia. Muy pocas entidades comerciales se permitían el lujo de tener en aquel edificio un piso completo para sus oficinas. Debajo del nombre de la empresa, no figuraba aclaración alguna sobre su naturaleza y especialidad. Ni hacía falta. Todo el mundo, en Nueva York, en especial la mejor sociedad, sabía bien a qué se dedicaban Bacharah and Bacharah.

La Muerte era su negocio.

Eso lo explicaba todo en pocas palabras. A primera vista podía resultar indescifrable, pero su traducción era bien sencilla. La frase lo decía con claridad. Selwyn Bacharah y su socio, Leslie Bacharah, se ocupaban simple y llanamente de Pomas Fúnebres.

Pero Pompas Fúnebres a lo grande. Entierros suntuosos, cadáveres embalsamados a la perfección, maquillados y retocados hasta parecer tan llenos de vida como una corista del Radio City en plena actuación, funerales de lujo, comitivas espléndidas y todo el aparato ritual bien orquestado para impresionar a los seres queridos de los difuntos.

Trabajar en un negocio así sé que no resulta divertido en apariencia, ni tan siquiera agradable. Si uno comenta a alguien que tiene un cargo en una empresa dedicada a negocios funerarios, inmediatamente se produce un rechazo instintivo en su interlocutor.

Es inevitable.

Pero ese aspecto de la cuestión no iba a impedirme a mí ocupar un puesto tan apetecible como el de ejecutivo de la entidad. Había pasado con éxito las pruebas psicotécnicas y de actitud y todas esas zarandajas que la moderna técnica comercial y de *marketing* exigen, y acababa de recibir un telegrama con el simple texto que tanto había esperado:

«Superadas satisfactoriamente todas las pruebas, nos es grato comunicarle que la plaza de jefe de ventas es suya. Le esperamos el lunes a las nueve en punto de la mañana. Atentamente:

Bacharah and Bacharah

Era una empresa de gran prestigio en su especialidad. Los beneficios de la misma

resultaban muy elevados. Mi sueldo era alto, y además gozaría de una comisión sobre las ventas efectuadas. Era el mejor trabajo que podía encontrar en la ciudad, a menos que presentara mi candidatura para alcalde de la ciudad y fuese elegido, cosa harto improbable.

Que la empresa vendiera hermosos y caros ataúdes, embalsamamientos y funerales, en vez de vender máquinas tragaperras o publicaciones eróticas, me tenía perfectamente sin cuidado. Allí, en las oficinas, todo era aséptico y normal. Se manejaban cifras, presupuestos, tarifas y ventas, sin más. Como en cualquier otro tipo de negocio. ¿Qué importaba que mi beneficio anual me lo reportasen unos cuantos miles de féretros, la instalación de capillas ardientes y el dar un buen aspecto a un cadáver aunque hubiese quedado hecho papilla en un accidente de automóvil o de aviación, si mis beneficios en la tarea cotidiana podían resultar tan rentables como si vendiera automóviles o fincas urbanas?

Al menos, es lo que pensaba yo por entonces. Y ello estaba en mi mente mientras un silencioso y rápido ascensor me conducía hacia arriba, en dirección a la planta decimosexta.

Cuando me encontré ante las letras doradas de las grandes vidriaras de acceso a las oficinas de Bacharah and Bacharah Incorporated, comprobé que allí solamente se indicaba algo bajo las mismas, en idénticas y suntuosas letras de oro: *Luxury Parlor*

Algo así como «Funeraria de Lujo». Eso lo decía todo. Empujé la vidriera y entré, preguntándome si algo en el ambiente, el olor del aire, la apariencia de las personas allí empleadas, o un indefinible clima general, podía delatar la tétrica especialidad de mi nueva empresa.

Me llevé una grata sorpresa. Las modernas, bien iluminadas, confortables y asépticas oficinas, podían haber sido las de una gran empresa cinematográfica, pongamos por caso, en los tiempos dorados de Hollywood. Las rubias mecanógrafas —la verdad es que casi todas eran rubias, como *starletts* de cine—, los jóvenes y activos empleados, los teléfonos de claros y brillantes colores, las máquinas de escribir electrónicas y los sistemas de computadoras inevitables en toda empresa moderna, hablaban de cualquier cosa al visitante, menos de algo tan lúgubre como ataúdes, velatorios y entierros.

Incluso los cuadros murales, de cerámica o de arte moderno, eran abstractos y propios de cualquier entidad comercial. Una recepcionista también rubia, uniformada de azul brillante, con su nombre sobre uno de sus bien dotados y erguidos senos, me sonrió como hubiese podido hacerlo Bo Derek o Linda Lovelace, y me preguntó con una suave voz ronca:

—Buenos días, señor. ¿Puedo servirle en algo?

La miré, pensativo, y una idea frívola cruzó mi mente. Evité decirle si podía servirme para ciertas cosas poco honestas, y me limité a expresar con la seriedad propia de mi nuevo cargo, unida a mi habitual cordialidad:

—Sí, señora Talbot. Puede servirme, por favor, para anunciar al señor Bacharah que está aquí Ross Garfield, el nuevo jefe de ventas.

—Oh, ¿es usted? —me miró dilatando sus ojos claros, al parecer gratamente

impresionada por el hecho de que me hubiese fijado en la placa de plástico con su nombre, cosa que dado el lugar en que se hallaba prendida, no resultaba nada difícil—. Se lo ruego, venga conmigo. Le pasaré en seguida a su presencia, señor Garfield. Estábamos esperando su llegada. Bienvenido a esta empresa.

—Gracias, señorita Talbot —la seguí por un corredor, situado más allá del mostrador de recepción, y pude comprobar que taconeaba con un ritmo gracioso y ágil la moqueta azul cobalto, con lo que el cimbreo de sus caderas y nalgas resultaba francamente sugestivo para quien iba tras ella.

Me puso en manos de otra rubia empleada de igual uniforme y de apellido Scott, despidiéndose de mí con una mirada y una sonrisa deslumbrantes. La nueva empleada, por no ser menos, me dedicó su propia sonrisa y me llevó hasta una puerta de caoba, con gruesas letras doradas en relieve, que formaban un nombre: el de Selwyn Bacharah.

—Pase —dijo con suavidad—. Le está esperando el señor Bacharah, señor Garfield.

Y me dirigió otra sonrisa cautivadora. Observé, cuando abría la puerta, que también poseía un busto llamativo. Tal vez era norma de la casa, pensé para mí, entrando a presencia del todopoderoso señor Bacharah.

—Adelante, señor Garfield —dijo una suave, untuosa voz, detrás de un moderno bloque de metal cromado y grueso vidrio color humo—. Sea bienvenido a esta casa en su primer día de trabajo.

Se incorporó al hablar, tendiéndome una mano grande y recia, que emergía de su rígido brazo como si fuese artificial, modelada en plástico; me pregunté por qué sentía esa impresión, y pronto pude responderme a mí mismo cuando apreté aquella diestra en la mía. Su piel ara tersa, brillante, y carecía por completo de vello. Mis ojos se clavaron, meditativos, en el propietario de aquella sorprendente y suave mano, que de no ser por su tamaño, hubiera resultado casi femenina.

Selwyn Bacharah era un hombre singular. Y no sólo por su piel y su escasez de vello. Se erguía poderoso tras la mesa despacho, con una humanidad formidable, sorprendentemente ancha y vigorosa, aunque su elevada estatura le hacía parecer menos fornido. Tenía un cráneo cuadrado, de recio cuello casi teutónico, cabello gris plateado, liso y como metálico, ojos de un gris acerado y frío, ancha sonrisa y facciones tan duras como cordiales. Imaginé que aquel hombre podría ser tan buen amigo y colaborador como terrible adversario, llegada la ocasión.

Me acomodé ante él, contemplando de modo distraído la modernidad y pulcritud de la estancia, así como la sorprendente ausencia de todo indicio que sugiriese la naturaleza real de aquel negocio próspero y prestigiado.

—Bien, señor Garfield —dijo, ofreciéndome un cigarro de una plateada caja, que yo rechacé, para elegir mejor un cigarrillo de otro estuche sobre su mesa—. Como verá, nuestra empresa dista mucho de mostrar una cara lúgubre o penosa para el visitante.

—En efecto —asentí complacido—. Se diría que es una entidad dedicada a cualquier clase de inversiones financieras.

—Exacto —movió él afirmativamente su cabeza con aire risueño—. Es lo que hemos deseado mostrar en todo momento como primera impresión a nuestros clientes y empleados. La muerte, después de todo, no es más que un negocio como otro cualquiera, cuando a la persona fallecida ya nada se le puede ofrecer en este mundo, salvo un digno

final a su paso por este mundo. Esa es nuestra filosofía, aunque ciertamente no lleguemos al mal gusto de muchos colegas, que llevan

su macabra dulzura al extremo de crear ataúdes de colores, o con música dentro, funerales dignos de un musical de Hollywood, y cosas por el estilo, hasta llegar a unas tumbas propias de los mismísimos faraones aunque con infinito peor gusto en su construcción y diseño.

Afirmé con la cabeza, recordando haber leído cosas realmente monstruosas a propósito de esa cuestión. Había gente que convertía una ceremonia fúnebre en un auténtico *show* barroco o *kistch*, del más pésimo gusto, con el pretexto de dedicar un último y hermoso recuerdo a un ser querido. Me gustó que la idea de mi nueva empresa estuviese alejada de esos extremos de odiosa extravagancia.

—Sin embargo, tampoco tenemos por qué afrontar las cuestiones de una tarea funeraria con la mentalidad del siglo pasado, sino adaptándonos a los tiempos —

prosiguió él con tono afable—. Es decir, modernizando métodos y procedimientos para dar a nuestros clientes la simple sensación de que cumplen con un deber, penoso sin duda alguna, pero no necesariamente más sombrío y tétrico de lo que el hecho es ya de por sí.

De ese modo, Bacharah fue extendiéndose en su modo de ver las cosas, en las líneas generales del negocio, en la forma en que atendíase la clientela, en métodos de trabajo y cosas por el estilo. Después, me condujo en compañía de una empleada de rubio cabello

—como siempre— y sobrio uniforme color lila, a lo que él llamaba el Departamento de Asistencia al Cliente.

Lo cierto es que, por mucho que se suavizaran las cosas, el negocio no dejaba de ser lo que era: una funeraria de lujo, adaptada a los tiempos actuales. Tuve que cargarme de ánimos para contemplar cámaras ardientes de distinto precio, féretros suntuosos, pero sin caer en la chabacanería, y demás ingratos detalles de cuanto rodea a la muerte de una persona. Al término de mi viaje por el amplio departamento que ocupaba la parte posterior de las oficinas, supe que existía en la ciudad otro recinto de la empresa, donde se hallaban los almacenes de material y puntos de venta, facturación y demás. En suma, todo era como en cualquier negocio, como dijera previamente Bacharah.

Pero lo cierto es que ese negocio era la muerte, que yo había entrado en él como un ejecutivo, y que eso tuvo mucho de premonitorio para lo que aconteció tiempo más tarde. Sin yo saberlo, había comenzado mi camino hacia el horror y la pesadilla en que terminaría

convirtiéndose mi vida, camino de la Morgue...

Después conocí a Sharon.

* * *

Sharon era hermosa.

La más hermosa criatura que jamás había visto yo en mi vida, lo confieso. Y sigo pensando lo mismo en estos momentos.

Primero, como es natural, ignoré su nombre. Pero supe que no era una empleada más de la casa, porque no era rubia ni llevaba uniforme ni tarjeta plastificada de identificación.

Por el contrario, vestía un elegante traje sastre color azul, con camisa del mismo color, aunque más pálida. Su cabello tenía un leve tono caoba, y era ondulado y de mediana longitud. Su figura resultaba espléndida, sus piernas perfectas. Pero fue su rostro lo que más me impresionó.

Era un óvalo perfecto, con unos ojos grandes, rasgados y brillantes, llenos de vida, de un indefinible color humo. La nariz breve, de suave trazo, la boca de labios jugosos, rojo natural, gordezuelos, sobre un leve hoyuelo que marcaba pícaramente su barbilla. En aquella faz de mujer, había una indefinible, extraña mezcla de voluptuosidad y espiritualismo, de malicia y de inocencia, que me sorprendió y fascinó desde el primer momento.

Inicialmente, no podía saber de ella otra cosa que su nombre, puesto que se presentó con él por delante, con una sonrisa deslumbrante, que me aturdió.

—Buenos días, señor Garfield. Soy Sharon —me dijo.

Balbuceé con dificultad unas palabras no demasiado seguras.

—Hola -dije—. Encantado, Sharon. ¿Puedo llamarla así, puesto que ignoro su apellido?

—Claro —rió ella jovialmente, sin dar importancia a mi familiaridad—. Como supongo que también yo podré llamarle Ross, pese a que acabamos de conocernos y empieza a ser usted un importante ejecutivo en la entidad.

—Tonterías —sonreí—. Usted debe ser importante aquí.

—¿Por qué dice eso? —ella enarcó las cejas, mirándome entre curiosa y divertida.

—No lleva uniforme. Ni placa de identificación. Pero se mueve por aquí como pez en el agua.

—Tiene toda la razón. Su lógica deductiva es excelente —admitió, con un movimiento gracioso de cabeza, que agitó sus cabellos—. Mi nombre es Sharon Bacharah. El de casada, naturalmente. De soltera, era Sharon Kelly.

—Entiendo —asentí—. Es la esposa de Bacharah.

—Eso es. Pero no del que acaba usted de tratar, Ross. No soy más que cuñada del poderoso Selwyn Bacharah.

—¿Esposa de su hermano y socio?

—Así es. Del grande y poderoso Alexander Bacharah, a quien rara vez verá usted por la empresa, pero que es su auténtico cerebro, su eminencia gris.

—Por tanto, más poderoso que su hermano.

—Ambos tienen poder. Pero Alex es el principal de los dos. Su enfermedad, sin embargo, le mantiene lejos de la brecha donde siempre le gustó estar para el combate cotidiano.

—Ignoraba que su esposo estuviera enfermo. Lo siento.

—Yo, no —rió ella con asombroso desparpajo—. Pero lo cierto es que se trata de una dolencia hartamente incómoda para él... y también para mí. Polio, ¿comprende? Está recluido en una silla de ruedas: El hecho de que la silla sea tremendamente sofisticada, con radioteléfono, controles electrónicos de marcha, paro y velocidades cambiantes, computadoras para cálculos, agenda y datos mercantiles, así como un emisor de radio capaz de captar programas comerciales o emisiones en frecuencia especial, no impiden que el objeto sea lo que es, a fin de cuentas: una silla de inválido cuyo costo se eleva a ciento cincuenta mil dólares.

—Esa dolencia la esclaviza a usted, ¿no? —sugerí, prudente.

—Esclaviza a todos los que le rodeamos: su secretaria, su ayudante personal, yo... y todo el servicio, incluidos los empleados de esta empresa. Alex es algo así como el emperador de todo ello, el amo del

pequeño imperio que forman nuestra mansión y este negocio. ¿Va dándose cuenta?

—Sí, por supuesto —observé lentamente, mirando en torno la amplitud de aquel departamento al que la rubia empleada de turno me había llevado, en el recorrido de visita inicial a mi flamante empresa. Todo allí resultaba aún más frío y aséptico que en el resto de la empresa. Altos paneles encristalados separaban aquella zona de los demás departamentos.

Nada allí evocaba ni aludía a funerales ni tema macabro alguno. Sin embargo, sentí frío entre los muebles cromados, los vidrios color humo y las luces crudas, tras los paneles del techo y de algunos muros. Era como hallarse en un bello y funcional congelador, pensé.

—Pero no está aquí para que le cuente mis infortunios matrimoniales —suspiró ella, con un repentino gesto de hastío—. Como usted bien dijo, formo parte de todo este conglomerado comercial, y mi especialidad aquí es bastante singular.

—Nadie diría que se relaciona usted con negocios de la muerte, Sharon —traté de ser gentil.

—Muy amable —ella me guiñó un ojo con picardía—. Y en cierto modo, no le falta razón. Mi departamento es el menos tétrico de la casa. Se podría decir que, como excepción, éste es el único departamento de la firma donde no se comercia con cadáveres propiamente dichos, ni con ataúdes ni cosas así.

—¿Ah, no? —ahora fui yo quien enarqué las cejas, perplejo—. ¿Cuáles es, entonces, su especialidad?

—Venga y lo sabrá —me dijo, mostrándome una puerta de vidrio escarchado, al fondo de la sala—. Confío en que usted, como nuevo jefe de ventas de Bacharah and Bacharah, sea capaz de incrementar los pedidos de mi sección. Después de todo, esta que yo llevo, es la única cara algo amable del negocio de la muerte, como usted le ha llamado antes, un poco dramáticamente.

—Siempre me ha gustado dramatizar algo las cosas —confesé, siguiéndola hacia aquella puerta, tras cuya vidriera se veía un resplandor intenso, una luz blanca que resultaba casi celestial—. Debe ser causa de mi infancia. Me chiflaba interpretar a Shakespeare y a Moliere en el teatro de la escuela...

Ella asintió, abriendo la puerta. Pasó, invitándome a seguirla. Lo hice.

El resplandor se hizo casi mágico. Era luz que venía de todas partes. Muros, techo y hasta suelos, despedían claridad bajo sus paneles de vidrio mate, muy blanco. La sensación estremecedora de un frigorífico, se hizo más ostensible. Casi sentí frío en mis huesos.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—Parece la antesala del cielo —sonrió Sharon—. Pero sólo lo es de mi departamento propiamente dicho. No se deje impresionar. Adelante, Ross. Esto está montado para causar un efecto deslumbrante en los clientes, no en los ejecutivos de la firma.

Abrió otra puerta que era un simple panel luminoso. Una música suavísima, angélica, brotó de algún oculto sistema de megafonía en estéreo. Suave, dulce, casi sublime.

Violines y arpas emitían un concierto digno de un etéreo rincón del cielo.

Al fondo de otra sala amplia y bien alumbrada, descubrí una gran vidriera que nos separaba de una nueva sala espaciosa, con luces azuladas y donde eran visibles hileras de extrañas, plateadas cápsulas de metal, mezclas de piezas de acero y aluminio, con formas de torpedos, alineadas al fondo, bajo la claridad azul.

Allí se percibía casi físicamente el tremendo frío que debía de existir al otro lado de la vidriera aislante y hermética. Pude ver un vapor gélido brotando por encima de las cápsulas de metal que recubría una leve capa blanquecina, de hielo seco, endurecido.

—Cielos, ya entiendo... —murmuré con asombro—. Eso es... es...

—Sí —afirmó Sharon—. Es, exactamente, lo que usted se imagina, Ross. Es nuestro departamento de crionización. Ahí tiene usted a las personas que, víctimas de enfermedades todavía incurables por la ciencia moderna, yacen en letargo, muertos en vida, a la espera del día en que el milagro de la Medicina o la Cirugía les permita volver a la vida y ser debidamente curados de su mal... Está viendo a todos los clientes de Bacharah and Bacharah que optaron por la solución crionica, antes de morir. La más extraña y fría Morgue del mundo, amigo mío. Un depósito de cadáveres donde nadie, todavía, está realmente muerto...

CAPITULO II

Los ojos de Sharon estaban fijos en mí, mientras observaba yo aquel

extraño y fascinante cementerio del que, sin necesidad de esperar el día del Juicio, un día se levantarían los cadáveres para seguir viviendo una segunda existencia, libres del mal que iba a conducirles a la tumba en el momento de aceptar a la desesperada aquella inquietante solución.

Yo recordaba vagamente que personas famosas, como Walt Disney o el propio presidente Kennedy, se decía que habían sido crionizados; es decir, congelados en vida, en plena agonía, para un día volver a vivir, cuando su mal o sus heridas mortales pudieran ser resueltas por la ciencia médica, del futuro. Podía ser cierto o no, pero supe aquel día que la crionización sí era un método aceptado legalmente para ser aplicado a quien así lo solicitaba y, por supuesto, disponía de los amplios medios económicos precisos para semejante almacenamiento de su cuerpo físico en la helada conserva de una muerte en suspensión. Supe que su sangre era mezclada en las venas y arterias con una solución química que impedía su coagulación, y que las bajísimas temperaturas a que era sometido el cadáver paralizaban sus funciones cardíacas y mentales, pero sin dañar irreversiblemente sus tejidos ni sus neuronas. Claro que, de momento; todo eso era relativo. Aún no había la menor prueba de su efectividad real. Ni la habría en muchos años, eso era evidente, por mucha que fuese la esperanza de los familiares aferrados a tal convicción.

—¿Yo debo vender también esa posibilidad a mis clientes? —indagué, al término de la visita al depósito de crionización.

—Por supuesto —afirmó ella—. Es el medio más costoso pero también el más esperanzador para los parientes. Saben que su ser querido no está clínicamente muerto aún. Que existe una posibilidad de supervivencia...

—Tan remota, que ni siquiera vale la pena —resoplé, escéptico—. Y tan lejana que cuando el cadáver crionizado pueda resucitar sano y salvo, si es que ello ocurre alguna vez, posiblemente sus hijos sean ancianos al borde de la muerte, si es que no han muerto ya. ¿Qué mundo se encontrarán esos seres, aun volviendo a vivir, dentro de veinticinco, cincuenta o cien años?

—Si les dice eso a los familiares interesados en una crionización, estoy segura de que no venderemos una sola cápsula más de éstas —sonrió Sharon, burlona—. Supongo que resultará más convincente con la clientela.

—Pero quizás no sea honesto.

—¿Por qué no? Nadie les promete nada. Es sólo una esperanza. Y vender esperanza es algo que hoy en día resulta de un valor inapreciable.

—Sobre todo, al precio de una crionización, ¿no? —sugerí, irónico.

—Las tarifas, en efecto, son altísimas. El precio de conservación, muy elevado —aceptó ella, empezando a mostrar una leve irritación ante mi contumacia negativa—. Pero forma parte del negocio, Ross. No olvide eso, si quiere ser un buen jefe de ventas.

—De acuerdo —acepté a regañadientes—. Vendaré frigoríficos para difuntos, si es eso lo que esperan de mí.

—Esperamos mucho de usted, en efecto. Y recuerde que cada ser crionizado que nos

facilite, significará para usted una comisión muy elevada.

—Lo suponía —moví la cabeza—. Después de todo, son las normas del comercio, Sharon. Lo intentaré, como es mi obligación.

—Sé que lo hará —sus labios dibujaron una leve sonrisa, mientras nos dirigíamos a la salida de aquel punto de observación de la cámara criónica—. Si ha de serle sincera, a mí tampoco me gusta esto. Pero no puedo hacer nada por evitarlo. Es la empresa de mi marido, y debo cuidar sus intereses con eficacia.

En aquel momento, nos detuvimos. Un empleado de la sección, ataviado con una especie de mono plateado y camisa azul celeste, entraba en el lugar, saludando respetuosamente a Sharon. Le tendió un volante y una tarjeta plastificada con una serie de datos y perforaciones de computadora.

—Es una de nuestras clientes, señora Bacharah —le informó—. Desea ver a su hijo conforme marca el reglamento del Departamento Criónico.

—Oh, entiendo —afirmó distraídamente ella, echando una ojeada a ambos documentos—. Señora Joan Farrow. Y desea revisar la cápsula de su hijo Arthur. Bien, Norman, hágala pasar a la sala de visitas, por favor.

El asintió con la cabeza, recogiendo los documentos y ausentándose. Miré a mi acompañante. Y ella a mí.

—¿Qué significa eso? —quise saber.

—Algo que está establecido así en el contrato —explicó—. Cada deudo o familiar principal del crionizado tiene derecho a hacer un máximo de dos visitas anuales a su pariente. Hay quien acude puntualmente a cada visita, y quien a los dos años ya no se acuerda de aparecer más por aquí. La señora Farrow no es de éstas. Viene sin falta de seis en seis meses desde que hace tres años fue crionizado su hijo Arthur.

—¿Puede ver, realmente, al ser querido, tal como permanece ahí dentro?

—Oh, no. Sería demasiado arriesgado para la persona sometida a congelación. Y

también doloroso para el familiar ver a su ser querido cubierto de una costra de hielo seco, bajo la envoltura de papel metalizado. Todo se limita a abrir la cápsula un par de minutos, si así lo desea el familiar y ver el cuerpo envuelto en papel de aluminio. Si lo prefieren, pueden verlo simplemente a través del visor de vidrio de la cápsula, que es lo habitual.

—Ya entiendo.

—Si quiere, podemos asistir a esa visita de la señora Farrow, sin que ella lo sepa —me sugirió—. Hay un espejo que por el lado opuesto es un cristal transparente, que da a la sala de visitas. Si va a trabajar con nosotros, es preferible que conozca todos los detalles, incluso los más ingratos.

—Sí, tiene razón —admití, con cierto reparo—. Veamos a la pobre señora Farrow contemplando a su hijo mientras sueña con un futuro mejor...

Pasamos a una cámara cercana desde la que, a través de una amplia vidriera, podíamos contemplar una pequeña cámara tan fría, aséptica y bien alumbrada como todas las de aquella gélida sección de la muerte congelada. La señora Farrow estaba ya allí, esperando pacientemente sentada en un sillón de metal y fibra de vidrio, inhóspito y posiblemente incómodo.

Era una mujer menuda, aparentemente frágil, de cabellos canosos, indumentaria

discreta, con predominio de grises oscuros, sombrerito negro sobre su pelo blanco, y expresión de tristeza en el rostro. Encogida en su

asiento, me pareció dolorosamente patética.

—¿Seguro que ella no nos ve ni nos oye? —dudé.

—Seguro —asintió Sharon—, Es un espejo por el otro lado, como le dije. Y esta cámara está totalmente insonorizada, aislada de la otra por completo. No debe inquietarse por nada. Ella ni siquiera sospecha que la estamos contemplando.

Asentí. Esperamos unos instantes. Se abrió suavemente la puerta. La mujer se puso en pie con un breve sollozo. Nosotros si podíamos oír los sonidos, era obvio. El empleado del mono plateado entró en compañía de otro, deslizándose sobre un soporte de silenciosas ruedas una de aquellas horribles cápsulas funerarias. La situaron ante la dama. Ella tembló ligeramente, llevándose un pequeño pañuelo al rostro.

—Hijo mío... —la oímos susurrar con voz apagada—. Hijo mío...

Me sentí más incómodo que nunca, espiando allí el dolor de aquella pobre mujer. Pero recordé que nosotros. en aquella empresa, teníamos que ganar dinero a costa del dolor ajeno, por degradante que eso pueda parecer. Todo negocio de funeraria se lucra de las penas de su clientela. Sólo así puede convencer a los familiares para que elijan el más costoso o sofisticado funeral posible. Es miserable, pero es de ese modo, y no podía yo cambiar el mundo, sino seguir el juego a los demás.

Los empleados, con esa indiferencia que da el contacto habitual con la muerte, asistían impasibles a la manifestación de dolor de la señora Farrow. Tras unos instantes de espera, uno de ellos ofreció cortésmente:

—¿Desea verlo fuera de la cápsula, señora?

—Si, por favor —rogó ella débilmente, con voz quebrada.

—Sólo treinta segundos —avisó el otro empleado, comenzando a abrir la hermética abertura posterior del cilindro metálico—. No se deben correr riesgos nunca, señora.

Asintió la señora Farrow con aire cansado. Abrieron la cápsula, brotando al exterior un vapor procedente del hielo seco y el frío terrible allí acumulado.

Un resorte deslizó fuera de la cabina una envoltura de forma humana,

totalmente forrada en arrugado papel metálico, despidiendo un denso vaho helado. La mujer exhaló un gemido y alargó una mano temblorosa, como queriendo acariciar de algún modo aquel amado cuerpo, convertido ahora en una extraña y fantástica momia futurista.

—¡Hijo, Arthur querido...! —lloriqueó amargamente—. Sé que nunca volverás, que todo es mentira... Lo sé... Dios me perdone por haber soñado imposibles...

Cambiamos una mirada Sharon y yo. Ambos pensábamos lo mismo, sin duda. La señora Farrow ya no creía en milagros. Tenía la certeza de haber perdido para siempre a su hijo, por mucho que le hubiera costado la crionización.

—Parece que ella no tiene mucha fe en todo esto —comenté secamente.

—Es extraño —admitió Sharon, arrugando deliciosamente su ceño—. Era una mujer muy convencida de la eficacia de este método... Pero ¿qué hace? ¿Se ha vuelto loca?

El repentino grito de sorpresa y alarma, de Sharon Bacharah tenía toda la razón del mundo. Repentinamente, al otro lado del falso espejo, había ocurrido algo que daba una nota dramática y lúgubre a la escena. Fue tan rápido todo, que por pronto que intentaron actuar los dos empleados del mono de tejido plateado, llegaron tarde para impedirlo.

La señora Farrow, con una energía y fuerza física impropias de su edad y de su contextura, se había precipitado sobre el cuerpo congelado de su hijo, desgarrando con ambas manos el papel plateado, arrancándolo a grandes tiras de alrededor del cuerpo inerte, con una rabia casi demencial.

—¡Señora, no! —clamó Norman, el empleado—. ¡No haga eso por el amor de Dios!

—Pero ¿está usted loca? —jadeó el otro, corriendo a sujetarla, con expresión de estupor—, ¡Puede echarlo todo a perder en un momento...!

Ella había arrancado ya grandes fragmentos del papel metálico, dejando al descubierto la cabeza del cadáver, cubierta por una película de hielo blancuzco y cristalino, y emitiendo vapor helado. La escena me resultaba estremecedora, como una horrible pesadilla.

Pero era aún peor ver el rostro petrificado de la mujer, sus ojos desorbitados, fijos en el cuerpo recién descubierto, sujeta a duras penas por los dos funcionarios, y oír su voz descompuesta, alterada, gritando con todas sus fuerzas:

—¡Mentira! ¡Mentira todo! ¡Malditos embusteros! ¡Ese..., *eso no es mi hijo!*

Y, evidentemente, tenía razón.

El cadáver que estábamos contemplando desde detrás de la vidriera, sin la envoltura plateada encima, ni siquiera era el de un hombre, joven o no.

Era el cuerpo de una mujer rubia, bastante joven aún y con unos grandes pechos ahora endurecidos anormalmente por el frío de la muerte y del hielo.

* * *

—No puedo entenderlo, no tiene sentido...

Miré gravemente a Sharon Bacharah, que aparecía pálida, demudada y, posiblemente, sorprendida o impresionada. No era fácil saber si había sabido de antemano que la cápsula con el nombre de Arthur Farrow grabada encima no contenía el cadáver que se suponía debía estar allí, o si estaba tan perpleja y desorientada como yo mismo y como la propia señora Farrow.

—Pues ha ocurrido —dije secamente—. Y no es muy bueno para la empresa que una cliente haya descubierto que el cadáver de su hijo no está donde debía estar.

—Se ha debido tratar de un error, sin duda alguna. Tal vez el mismo día fueron crionizadas dos personas y se intercambiaron sus respectivas cápsulas —murmuró ella, mientras ambos recorríamos agitadamente un largo corredor hacia las oficinas generales de la empresa—. Tiene que haber sido un error.

—Un error imperdonable, de todos modos —repliqué sin demasiada convicción—. Va a ser difícil arreglar eso. La seriedad de la empresa se pondrá en entredicho cuando esa mujer presente la denuncia, como dijo que iba a hacer, cuando salió disparada de esa cámara. No será sólo la policía, sino la prensa, quien torpedee a Bacharah and Bacharah bajo la línea de flotación.

—Lo sé. Y eso es lo que me preocupa. Tengo que telefonar inmediatamente a Alex, mi marido. Y hablar urgentemente con Selwyn. Ha de existir un responsable en todo esto, ya

sea intencionadamente o por negligencia, y quiero que aparezca.

Cuando llegamos a las oficinas, nadie parecía saber allí nada del desagradable incidente surgido en Crionización. Los empleados no nos dirigieron ninguna mirada especial, y eso pareció calmar un poco el nerviosismo de Sharon.

—Si puedo ayudarla en algo... —me ofrecí, cuando ella iba a entrar a ver a su cuñado, Selwyn Bacharah.

—Gracias, Ross —me dedicó una triste sonrisa—. Es algo que debo resolver por mí misma, ya que es mi departamento. Espero que esto no le haga cambiar de criterio respecto a la empresa donde acaba de entrar, amigo mío. Lo cierto es que nunca sucedió algo tan desagradable ni incómodo...

No dije nada. Ella desapareció tras la puerta del despacho de Selwyn Bacharah. Yo me encaminé a las oficinas generales, sumido en mis pensamientos. Tal vez todo era, como dijo Sharon, un simple error, un intercambio de cuerpos. Pero no podía por menos que sentirme preocupado e inquieto. Algo en todo aquello no terminaba de gustarme.

Recordé el rostro despavorido y atónito de la señora Farrow, contemplando un cuerpo congelado que no era el de su hijo. ¿Por qué hizo ella eso? ¿Por qué comentó momentos antes que sabía que todo era *mentira* y que jamás recuperaría a su hijo, pese a haberse gastado la enorme suma que suponía crionizar en los momentos de la defunción clínica a un ser querido?

Y, sobre todo, ¿*por qué* desgarró el papel metálico, para contemplar el cuerpo del joven Farrow, si llevaba tres años visitando aquel recinto sin perder el control de sí misma?

¿Sospechaba ella algo, en el momento de presentarse a ver el cadáver? Y si era así,

¿qué era lo que sospechaba, exactamente?

No podía conversar con ella, por la sencilla razón de que no era asunto mío, y porque ahora la señora Farrow estaba fuera de aquellas oficinas, donde habían intentado retenerla con buenas palabras,

resultando inútil todos los esfuerzos de los empleados y de la propia Sharon. Ella se había marchado airadamente, amenazándoles con una demanda judicial muy seria. Iba a denunciar el caso ahora mismo. La policía tendría que investigar un cambio de cadáveres. Y eso traería consigo publicidad negativa para la empresa.

No se podía decir que hubiese entrado yo con buen pie en la firma comercial. En mi primer día de trabajo con los Bacharah, ya surgía el primer incidente serio. En el futuro, iba a serme harto difícil vender crionizaciones si todo esto se hacía público, como yo temía.

—¿Busca algo, señor Garfield?

Me detuve, rompiendo el hilo de mis sombríos pensamientos. Miré a la dueña de la suave voz que me había interrumpido. Era la empleada rubia de apellido Talbot, que me contemplaba con una sonrisa, llevando bajo el brazo un dossier. Moví la cabeza negativamente.

—No, gracias —rechacé—. Creo que ando un poco desorientado por aquí.

—Es lógico. Sólo es su primer día en la casa —ella me estudió curiosa—. ¿Va a trabajar también con la señora Bacharah? Le vi antes con ella...

—Sí, al parecer, la crionización da buenos dividendos a la firma.

—Es el método más costoso de conservar a los muertos —suspiró la joven—. Claro que

al señor Bacharah no le gusta que llamemos «muertos» a los congelados, pero ¿qué otra cosa pueden ser? Yo dudo mucho de su resurrección en el futuro.

—Yo también —le guiñé un ojo con aire de complicidad—. Pero ésa es sólo nuestra opinión particular, señorita Talbot. Como empleados, debemos aceptar a pies juntillas cuanto digan nuestros superiores.

—Es cierto. Por favor, no vuelva a llamarme así. Vamos a ser compañeros de trabajo,

¿no? Lo somos ya, virtualmente. Puede llamarme Ann.

—Bien, Ann. Yo soy simplemente Ross para los amigos —sonreí—. Espero que usted y yo también lo seamos, además de compañeros de trabajo.

—Por mí, encantada. Usted me causa buena impresión, Ross.

—Y usted a mí, inmejorable. No puede tener una amistad mejor principio que éste. Por cierto, ¿ha visto a una señora de edad avanzada que salió de Crionización? Deseaba hablar con ella...

—Sí, la vi salir de las oficinas. Iba muy enfadada, al parecer. Creo que abandonó el edificio, porque se dirigió en línea recta a los ascensores de bajada...

—Lo suponía —suspiré—, Gracias de todos modos, Ann.

—¿Ocurre algo?

—No, espero que no —evadí una explicación más amplia—. Era sólo curiosidad, Ann.

¿Mucho trabajo?

—Bastante —me mostró el dossier con gesto significativo—. Entre mis ocupaciones está la de archivos de clientela y servicios. Eso lleva siempre mayor tarea.

—Sí, lo comprendo —asentí, distraído—. Bien, no la entretengo más. Creo que yo también debo ponerme a trabajar de inmediato.

—Le deseo suerte. Busque a Ivy Scott. Es la otra muchacha rubia que trabaja en mi departamento. Ella le guiará a su flamante despacho, Ross.

Seguí adelante. En efecto, Ivy Scott era la otra joven empleada rubia que yo conociera anteriormente, a mi llegada a la empresa. Amablemente, me condujo a un pequeño y confortable despacho, situado en un ala bastante aislada de la planta de oficinas, caminando delante de mí con su taconeo ágil y su oscilación de caderas, capaz de atraer las miradas de cualquier hombre.

—Aquí es —me dijo, abriéndome la puerta vidriera—. Bien venido a su santuario, señor Garfield. Le deseo prósperas y felices ventas.

—Gracias, señorita Scott —sonreí, ante el modo peculiar que los que trabajan en algo así tienen que tratar los serios y trascendentales asuntos de la vida y de la muerte—.

Aunque el nivel de defunciones haya bajado notablemente en la época actual, gracias a los avances de la Medicina y de la dietética, por otro

lado la contaminación y la violencia pueden proveernos de suficiente clientela como para enriquecernos a todos.

La rubia empleada se marchó con el aire de quien no sabe si uno ha hablado en serio o en broma. Yo, por mi parte, no pretendí en ningún momento aclararle la cuestión.

Examiné mi mesa de trabajo, mi archivador, mi máquina de escribir electrónica, mi agenda, mi fichero con listas de clientes ya fijos de la casa, y todo el material necesario para mi cargo. Estaba poniendo todo eso en un orden adaptado a mis deseos, cuando sonó por primera vez el teléfono de mi despacho.

Descolgué, inclinándome sobre la mesa.

—Garfield —dije—. ¿Quién llama?

—Soy yo, Garfield. Selwyn Bacharah —me respondieron.

—Oh, sí, sí —me apresuré a asentir—. Dígame, señor Bacharah.

—Cuando haya tomado posesión de su despacho, tenga la bondad de venir al mío un momento. Tenemos que hablar usted, la señora Bacharah y yo de algo que usted ya conoce y que, por ahora, será mejor que los demás ignoren.

—Entendido. Iré en seguida, señor Bacharah.

Colgué, dirigiéndome con rapidez a la salida. Crucé las oficinas con paso largo, preguntándome qué querrían de mí los Bacharah. Tal vez mi promesa de mantener silencio sobre el incidente de la señora Farrow, cosa que ya pensaba hacer por simple ética profesional.

Cuando cruzaba la amplia sala repleta de rubias y estereotipadas empleadas mecanografiando rutinariamente en sus mesas, bajo los tubos de luz fluorescente, mi corazón sufrió un vuelco.

Dos hombres uniformados entraban en las oficinas, empujando las vidrieras de acceso.

Era el negro uniforme de la Policía Metropolitana de Nueva York. Es una indumentaria que siempre me había producido alergia. Les miré aprensivo, acortando el paso.

Eran patrulleros, según pude colegir. Avanzaron resuelta mente hacia una sorprendida Ann Talbot, que acudía a su encuentro solícita.

—¿Puedo servirles en algo, agentes? —preguntó con su fácil y dulce sonrisa—, ¿Algún coche de la empresa mal aparcado?

—No, señorita —negó rotundamente uno de los patrulleros—. Es algo mucho más grave.

—¿Más grave? —ella frunció el ceño—. Temo no entenderles...

—Se trata de un accidente —explicó el otro—. Un accidente mortal.

—Dios mío —los ojos de Ann Talbot se abrieron enormemente—. ¿Tiene algo que ver con nosotros, agente?

—Mucho, señorita —resopló el policía, apoyando una mano en la culata de su revólver, en simple gesto mecánico—. Un furgón de la empresa Bacharah and Bacharah acaba de arrollar a una persona ante la puerta de este edificio. La víctima es una mujer de edad avanzada. Por sus documentos, hemos comprobado que salía de esta empresa. Su nombre era Joan Farrow. Está muerta.

CAPITULO III

Era ella, ciertamente.

Menuda, frágil, pelo canoso, rostro arrugado y triste, ropas oscuras, con el gris como nota destacada. Su sombrerito yacía lejos de su cabeza, aplastado e informe.

La muerte había sido instantánea. Las ruedas de la furgoneta habían pasado sobre su cuerpo, reventándola por dentro. Apenas si había huellas visibles de violencia. Sólo el reguero de sangre en su oído, el hilillo brotando de su nariz y boca. De no ser por eso, no hubiera parecido muerta.

Entre sus documentos, llevaba el volante de visita y la tarjeta plastificada de cliente del Departamento de Crionización de Bacharah and Bacharah. Eso es lo que hizo subir a los agentes de la patrulla a las oficinas de la empresa.

Una ambulancia se llevó su cadáver, y me pregunté si se daría el caso sarcástico de que volviese allí para ser sepultada por cuenta de mi empresa. Me quedé en la acera, pensativo, contemplando el alejamiento del vehículo sanitario en dirección a la Morgue de la ciudad de Nueva York.

Regresé en silencio a la oficina. No se hablaba de otra cosa en todos

los departamentos. Para todos, había sido un desgraciado accidente, un hecho lamentable pero puramente casual.

Yo me preguntaba, asustado, si era realmente así.

Cuando me reuní con Selwyn Bacharah y con su cuñada Sharon, el rostro de ambos reflejaba una preocupación infinitamente más profunda de la que, sin duda, hubiera sido antes de producirse el atropello.

—Entre, Garfield, por favor —me rogó Selwyn Bacharah, con expresión ensombrecida—. Creo que ahora hemos de replantearnos todo nuevamente, tras ese desgraciado suceso.

—¿Se refiere a la muerte de la señora Farrow?

—Sí —me miró pensativo—. Usted ya sabe lo que sucedió antes aquí.

—Claro que lo sé.

Esa pobre mujer debió salir tan alterada, que ni siquiera se dio cuenta de que la furgoneta se le venía encima... En cierto modo, nos sentimos responsables de su fallecimiento.

—¿Y bien...? —indagué, algo seco.

Bacharah me miró con repentina aprensión, como temiendo que me negara a cooperar. Sharon, a espaldas mías, se servía un vaso de agua en un recipiente encerado.

La oí suspirar.

No podemos hacer público lo ocurrido aquí hoy, compéndalo. Eso arruinaría quizás nuestro negocio, Garfield. Más aun habiendo fallecido la pobre señora Farrow después de sucedido todo ello...

—Sí, entiendo eso muy bien, señor Bacharah.

—De modo que debo rogarle encarecidamente guarde silencio sobre ello y no mencione nada, ni tan siquiera a la policía, cuando investiguen las circunstancias del accidente. Echando tierra sobre nosotros, no devolveríamos la vida a la señora Farrow.

Hemos revisado su ficha, y carece de familia. Su posición económica era holgada, si bien

no tanto como lo fue en vida de su hijo Arthur. Al parecer tuvieron

una fortuna considerable, pero ignoramos si la malgastó ella o él. Nosotros vamos a colaborar con un funeral y una sepultura de verdadero lujo, puesto que es todo lo que podemos hacer por la difunta, y espero que fuera de nosotros y de los dos empleados presentes en el incidente, nadie más en la firma sepa nada de esto. Y, por supuesto, que jamás se sospeche fuera de estos muros. ¿Está de acuerdo conmigo, Garfield?

—No pensaba decirle nada a nadie en relación con ese incidente del cadáver cambiado, señor Bacharah —manifesté calmoso.

—Bien, amigo mío —sonrió ampliamente Selwyn—. Alabo su sentido de la ética y la discreción. No se arrepentirá de tan responsable comportamiento.

—Pero ahora, como dijo usted antes, hay que replantearse las cosas de otro modo —

añadí con frialdad.

La sonrisa se heló en los labios del hombre de empresa. Sharon apareció en mi visual, con gesto preocupado. Ambos clavaron sus ojos expectantes en mí.

—¿Qué quiere decir con eso? —indagó Bacharah.

—Lo que he dicho. ¿Cómo sucedió el accidente?

—Bien, tenemos los testimonios de quienes lo presenciaron. La mujer iba a cruzar la calle distraída. La furgoneta salía del *parking* subterráneo del edificio. La arrolló sin poderlo evitar.

—¿Por culpa de quién, exactamente? —quise saber.

—Eso debe determinarlo la policía de tráfico, Garfield. —Selwyn parecía molesto por mi insistencia en la cuestión—. Tal vez la culpa pueda repartirse. Nuestro conductor se distrajo. La señora Farrow iba algo alterada y nerviosa...

—¿Quién es el conductor de esa furgoneta? —pregunté.

—Uno de nuestros empleados, por supuesto —echó una ojeada a unos datos que tenía frente a sí, sobre la mesa—. Clarence Ford, de treinta y siete años. Lleva diez en la empresa. Nunca tuvo accidentes serios. ¿Por qué pregunta eso, Garfield?

—Porque el accidente me ha parecido muy raro.

—¿Raro? —las cejas de Bacharah se arquearon—, ¿En qué sentido?

—No sé —resoplé, sacudiendo la cabeza—. Todo es raro, señor Bacharah, admítalo.

Una mujer viene a ver a su hijo, crionizado hace tres años. Era una convencida de la eficacia futura del método, pero llega hoy aquí poniendo en duda esa eficacia. Luego, de repente, desgarró la envoltura del cuerpo, a los tres años de su crionización, y se encuentra con un cadáver que no es el de su hijo, que ni siquiera pertenece a un hombre.

Se va de aquí airada, amenazando con denunciar el hecho... y una furgoneta de la propia empresa arrolla a la pobre mujer, matándola en el acto. Si eso no resultase extraño para un fiscal o para un policía, señor Bacharah, ¿qué otra cosa podría serlo?

—En resumen: usted está insinuando algo horrible, Garfield —intervino Sharon con voz ronca—. Que la muerte de la señora Farrow fue *intencionada*.

La miré. Selwyn se había quedado sin aliento.

—No he dicho eso —me expresé cuidadosamente—. Pero un policía receloso sí podría decirlo, Sharon.

—¡Qué locura! —bramó Bacharah, muy pálido, agitando sus brazos—, ¡Qué gran locura la suya. Garfield! ¿Cómo puede sugerir algo tan..., tan espantoso e indignante? ¿Cree que

aquí intentamos cubrir un fallo, un error profesional, con un crimen a sangre fría o cosa parecida?

—No creo nada, señor Bacharah —negué con la cabeza—. Sólo que no lo veo claro.

Le costó serenarse. Cuando lo hizo, puso su mano en mi brazo, conciliador.

—Mire, Garfield, es un día muy agitado el que está usted viviendo. Su primera fecha en esta casa, y todo lo sucedido... Creo que lo mejor que puede hacer ahora es volver a su casa e intentar serenarse, pensar calmamente lo que piensa decidir al respecto.

Mañana tendremos que declarar ante la policía con relación a ese accidente. Espero que, para entonces, se haya tranquilizado y tenga una decisión tomada sobre lo que debe y no debe decir a la policía. Nadie va a mediatizarle aquí. Tome su propia resolución sin presiones ni nerviosismos. Por favor, le ruego que se vaya ahora y medite con calma. Le aseguro que, sea cual sea su decisión final, la respetaré sin una sola objeción.

Parecía sincero. En el fondo, no le faltaba razón. Mi primer día de trabajo, el contacto de un hombre con la muerte, los incidentes del día...

—Gracias —dije con sencillez—. Creo que seguiré su consejo, señor Bacharah. ¿Sabe a qué hora debemos declarar ante la policía?

—Con que esté aquí a las ocho, será suficiente. Iremos juntos a la estación de policía usted, Sharon, Norman y Caldwell, los empleados de crionización, el conductor responsable del accidente, Clarence Ford, y yo mismo como responsable visible de esta empresa.

—Alex no creo que vaya —suspiró Sharon— No le gusta andar por ahí con su silla. Y la policía tampoco tendrá gran interés en preguntar a alguien que ni siquiera había visto ja-más a la pobre señora Farrow, ni acostumbra a estar en estas oficinas, salvo raras excepciones.

—Está bien. Hablaremos de eso esta noche. Iré a veros a casa —prometió Selwyn, dirigiéndose a su cuñada—. Es mejor que, de todos modos. Alex tenga completa referencia de cuanto sucede.

Yo salí del despacho en silencio. Abandoné el edificio. Al pisar el asfalto callejero, mis ojos, fueron inevitablemente al cruce donde cayera sin vida Joan Farrow. Era un cruce con semáforo. O ella o el conductor de la furgoneta habían pasado por alto la indicación del mismo. Dirigí una mirada a la salida del *parking* subterráneo, situada en un ángulo del edificio. No dejaba de ser difícil atropellar allí a alguien, puesto que había suficiente visibilidad y distancia entre ambos puntos como para que un conductor normal pudiera prever el hecho. Mis oscuras sospechas se hicieron más intensas en este momento.

Opté por dejar de pensar en ello. Pasé junto a un coche patrullero aparcado aún frente al lugar del accidente, y me dirigí a un taxi, para regresar a casa. No se podía decir que mi trabajo empezase bajo buenos auspicios, me dije mientras me alejaba del edificio. Eché la mirada atrás, y moví la cabeza con desaliento.

—No me gusta esto —murmuré entre dientes—. No me gusta nada...

—¿Decía algo, señor? —se interesó el taxista.

—No, no, nada —rechacé pensativo.

Almorcé en un restaurante italiano, cerca de mi domicilio, y regresé pronto a casa, tendiéndome en el sofá. Allí pasé la tarde, fumando cigarrillos, bebiendo cerveza ligera y fría, y hojeando un periódico sin enterarme de nada.

Oscureció y di las luces. Miré mi reloj. Eran ya las siete de la tarde. No tenía ganas de bajar a cenar a ningún sitio. Hurgaría en el frigorífico en busca de algo comestible.

Acababa de poner en la mesita un mantel de celulosa con un plato donde deposité ensaladilla rusa y un poco de carne enlatada, así como una taza de café, cuando llamaron a la puerta. Me quedé sorprendido. No esperaba visitas este día. Mientras reflexionaba sobre ello, insistieron en la llamada.

Fui a abrir. Cuando lo hice, empezaba a sonar el timbre por tercera vez. Me quedé sorprendido ante mi visita.

—Hola —me saludó ella sonriendo—, ¿Importuno, Ross? Era Sharon Bacharah.

—No —le dije—. Pase, por favor.

* * *

—¿Quiere cenar conmigo?

—No, gracias. He tomado algo en casa.

—¿En *su* casa?

—Sí. Vengo de allí. Alex ya sabe todo lo ocurrido con la señora Farrow.

—¿Y qué ha dicho?

—Nada. El rara vez dice nada. Se ha limitado a escucharme y ha llamado a sus abogados.

No sé más. Supongo que tomará sus medidas para una posible eventualidad.

—Pero la señora Farrow no tiene familiares. Eso me dijo su cuñado, ¿no?

—Al parecer cometió un error. Existe un pariente lejano. Un primo segundo de la difunta. Vive en Chicago y negocia en automóviles.

—Se están cometiendo muchos errores últimamente. ¿No figuraba ese dato en el fichero de la empresa?

—No, no figuraba.

—¿Cómo lo han averiguado, entonces?

También trabajamos con una agencia de información privada. Ellos nos han dado el dato esta misma tarde. Lo solicitó mi marido personalmente por teléfono.

—Su marido sí piensa en todo. No le gustan los errores, ¿eh?

—No, no le gustan.

—Supongo que tampoco le habrá gustado ese cambio de cuerpos en Crionización.

—Supone muy bien. La entrevista con su hermano Selwyn imagino que sería borrascosa.

—¿No la presencié usted?

—No. Se quedaron ellos en casa al irme yo. Supongo que aún seguirán reunidos. Alex puede llegar a ser muy duro, incluso con su hermano.

—¿Y con usted, su esposa?

—Lo es siempre que se tercia —suspiró ella inclinando la cabeza.

Apuré en silencio mi frugal menú. Tomé un sorbo de café, ya frío. Le ofrecí una taza a mi visitante. Esta vez, ella aceptó. Permanecemos en silencio unos momentos. Al fin, la j contemplé con gesto algo huraño.

—Supongo que no ha venido solamente a contarme todo eso —señalé.

—No —negó—. No he venido sólo a eso, Ross.

—¿Entonces qué la trajo a mi casa?

—Usted dijo que podíamos ser amigos, ¿no?

—Por supuesto. Pero eso no es un motivo por sí solo. ¿Obtuvo mis señas de mi ficha personal?

—Sí. Creí que viviría mejor —examinó críticamente la cocina, donde estaba cenando—.

Es una vivienda muy modesta para un alto ejecutivo.

—Hoy es mi primer día como «alto ejecutivo» —le recordé, sarcástico.

—¿Y antes?

—¿Antes de ese empleo? —me encogí de hombros— Muchas cosas, pero ninguna productiva: vendedor a comisión, publicista en una empresa barata, agente de seguros... Lo cierto es que presenté mi solicitud en su empresa sin esperar nada. Hice el examen por mera rutina. Las condiciones eran muy buenas y no perdía nada con intentarlo.

—Y le escogieron.

—Sí. Aún me pregunto por qué.

—Pero antes de ser todo eso, sería algo más. ¿Y su familia?

—No tengo familia —corté secamente.

—Lo siento. ¿Tuvo que trabajar duro para sobrevivir tal vez?

—Muy duro —la estudié con fijeza, pero también con frialdad que ella captó—. No me gusta hablar de mi adolescencia, Sharon.

—¿Por qué no?

—Cosas mías —retiré el plato y la taza de café vacía. La escudriñé, receloso—. Sigue sin decirme por qué vino a ver me. Es de noche. Y su marido puede necesitarla en estos momentos...

—Alex nunca me necesita —suspiró—. No cree necesitar a nadie, salvo a su cuidador, el hombre que le lleva la silla cuando él no la quiere manejar por medios automáticos. Necesita a alguien al lado, pero no a mí. Su dolencia nos separó casi del todo. No convivimos sexualmente desde hace años

—Lo lamento. No quería preguntarle eso.

—No lo hizo. Se lo conté yo. Ha dejado de tener importancia, después

de tanto tiempo.

A fin de cuentas, nunca sentí por Alex un profundo amor ni una pasión ardiente. Me lleva veintidós años, es duro y frío, agrio y violento. La polio le hizo cien veces peor. Pero no dañó su cerebro ni su inteligencia. Es astuto y calculador como un demonio. Ahora ya sabe la clase de marido que tengo.

—¿Por qué no se divorcia? —apunté.

—El es católico. No me permite divorciarme. Se ve que a los católicos les va mejor torturar a su esposa que darle la libertad cuando no son felices en el matrimonio.

—Esa es una opinión algo dura para los católicos —sonreí—. Imagino que en todas las creencias existe gente buena y gente mala, gente comprensiva y gente intolerante.

—Claro. Bromeaba, no me haga caso —pero algo en sus ojos me hizo pensar que no era sincera en ese punto. Se inclinó hacia mí. Para mi sorpresa, puso su mano en mi rodilla—.

Me gustas, Ross. Me gustas mucho.

Me quedé sin aliento. Nunca una mujer había sido tan atrevida conmigo. Y menos aún la mujer de otro hombre, situada en un nivel social y económico mil codos por encima de mí.

—¿Bromea? —logré articular por fin.

—No —dijo muy seria, apretándose la pierna—. No bromeo en absoluto, Ross. Me gustas como hombre. Te deseo.

En realidad desearía a cualquiera. Pero a ti mucho más que a cualquier otro. He venido a hacer el amor contigo.

Era increíble. Lo peor es que se había desprendido de su chaqueta y estaba empezando a desabrochar los botones de su blusa de seda color marfil. Traté de impedirlo.

—Espere —dije, incorporándome—. Creo que no debe...

Fue inútil. Sharon se despojó de su blusa con una facilidad pasmosa, como si lo hubiera estado haciendo toda su vida con idénticas intenciones. Me quedé helado, pese a que noté bullir la sangre en mis venas.

No llevaba sujetador. Ni lo necesitaba. La dureza de sus senos me recordó, algo desagradablemente por cierto, la de los fríos pechos de la rubia mujer encerrada en la cápsula criónica. Sólo que Sharon los tenía más pequeños y juveniles. Los contemplé absorto. Ella aprovechó para desprender la cinturilla de su falda. Esta se deslizó por encima de sus muslos, hasta plegarse en el suelo. Sus piernas eran maravillosamente perfectas.

—Ross, no puedes rechazarme —sonrió, acercándose a mí con los brazos extendidos—.

No sería caballeroso...

No la rechacé. No hubiera podido.

CAPITULO IV

Había perdido la noción del tiempo. Podía ser medianoche o plena madrugada. Me tenía sin cuidado. Sharon era capaz de hacerle olvidar a uno todas esas cosas y restarle importancia a todo lo de este mundo.

Me estaba contemplando absorta, con un cigarrillo entre sus carnosos labios sin *rouge*.

Los ojos brillaban en la penumbra que rompía un lejano reflejo callejero. La sábana apenas cubría sus senos desnudos, sus curvas sedosas.

—Pensarás que soy una cualquiera —susurró, poniendo su cigarrillo en mis labios.

—No digas eso —respondí, aspirando el humo con sabor a su boca—. Eres maravillosa, Sharon. Es lo único que pienso.

—No has sido el primero, Ross. Y no me refiero sólo a Alex. Ha habido otros hombres.

Una mujer necesita ciertas cosas cuando su marido no se las proporciona.

—Lo sé.

—A veces me avergüenzo de ser así, de tener esas debilidades.

—¿Te avergüenzas ahora? —susurré, rodeándola con un brazo.

—No —negó, cayendo sobre mí lentamente—. Nunca sentiré

vergüenza por esto. Es diferente...

—Diferente ¿en qué? —pude preguntarle, mientras me besaba ardientemente.

—En ti, en mí... En lo que me haces sentir, Ross. Eres tú el diferente. No sólo te deseo, Ross. Creo que me he enamorado de ti...

Y trató de demostrármelo del único modo posible en aquellas circunstancias.

Cuando nos separamos de nuevo, yo contemplaba admirado aquel cuerpo de mujer que había sentido profundamente mío durante toda la noche. Deslicé mis dedos sobre el aterciopelado de su piel suave.

—Qué diablos —murmuré—. Creo que yo también siento algo especial por ti... Pero está Alex por medio. El no renunciará a ti, estoy seguro.

—Lo sé. Pero podremos seguir viéndonos. Vamos a trabajar juntos...

—¿Tú crees? —dudé pensativo, arrugando el ceño y sentándome en el lecho.

Esta vez fui yo quien encendió dos cigarrillos y le di uno a ella. Me miró profundamente, con cierto temor.

—¿A qué te refieres? —quiso saber.

—A lo de esta mañana, Sharon. Esa mujer muerta...

—¿La señora Farrow? —hizo un gesto de disgusto—. ¿Otra vez con eso?

—No lo entiendes. Se refiere a ti y a mí. Sobre todo a mí. Es posible que no pueda seguir trabajando en vuestra empresa...

—¿Por qué hablas así? —se sobresaltó—. ¿Crees que Selwyn te despedirá si te niegas a contarle a la policía lo del cadáver equivocado? Yo lo impediré.

—No, Sharon —negué—. Tú no puedes impedirlo si sucede. Nadie podría hacerlo.

—Si sucede, ¿qué?

—La policía nos va a preguntar a todos los que tengamos algo que ver con la empresa.

Sabrán que era mi primer día de trabajo allí. Eso les hará investigar mi persona con detalle.

—¿Y...? —sus ojos me miraban con fijeza, sin entender en apariencia.

—Antes me preguntaste por mi adolescencia. No quise hablarte de ella. Creí que tu marido, que es tan minucioso en todo, habría investigado previamente mi historial.

—Que yo sepa, no. ¿Tienes algo que ocultar, Ross?

—Mucho —sonreí tristemente—. Verás, Sharon; he pasado tres años en un reformatorio, hasta mi mayoría de edad.

El motivo era tráfico de drogas. Delincuencia juvenil, ya sabes.

—Dios mío...

—Yo no era un adicto. Tenía que sobrevivir. Trabajé en una sórdida empresa de recambios de automóvil. En realidad me usaban como correo de sus mercancías. Heroína, cocaína y todo eso. Me pillaron y fui al reformatorio, porque ya había estado detenido una vez por robo. Esa fue mi adolescencia, Sharon: bajos fondos, suburbios, delincuencia, miseria... Mis padres habían muerto sin dejarme nada. En el reformatorio tuve dos o tres ocasiones para fugarme con otros menores como yo. Resistí la tentación y estudié. Al salir de allí, era un muchacho dispuesto a cambiar de vida.

—¿Y cambiaste?

—Sí, totalmente. Amplié mis estudios con clases nocturnas, y empecé a trabajar decentemente. Olvidé mi pasado. Pero la policía no olvida esas cosas. Existen ficheros para ello. En cuanto busquen antecedentes de un tal Ross Garfield, los tendrán: delincuente juvenil, convicto de robo y de tráfico de estupefacientes. Eso lo arruinará todo.

Sharon permaneció en silencio. Fumó calladamente, la mirada perdida en los reflejos de la ventana. Por fin, me contempló a mí.

—¿Por qué has contado todo eso? —preguntó.

—Tenía que hacerlo. Lo sabrás, de todos modos.

—Tal vez no. Es posible que ni siquiera profundicen tanto en un simple accidente de tráfico, Ross. ¿Has pensado en ello?

—Sí. Pero es mejor así.

—De modo que confías en mí...

—Me siento mejor, eso es todo. No me arrepiento de haberme sincerado contigo.

—¿Aun sabiendo que yo podría informar a mi marido y a mi cuñado, si es que no lo saben ya?

—Aun así.

—Oh, Ross, creo que voy a volverme loca por ti —susurró, aplastando sus labios en los míos. Sus manos recorrieron mi cuerpo ardorosamente—. Es maravilloso saber que confías en mí, que nada te importa... Te juro que por mí, nadie sabrá nunca nada. Nunca, amor mío...

De nuevo perdí la noción del tiempo. Y de todo lo que no fuese aquella mujer de fuego que estrechaba entre mis brazos, palpitando de pasión.

* * *

Sharon taconeó por la acera, en dirección al lugar donde había una serie de coches

aparcados.

Miró arriba, a mi apartamento. Las luces apagadas debieron convencerle de que, ya en plena madrugada, me había quedado dormido, agotado por una larga noche amorosa en su compañía.

Pasó ante una cabina telefónica pública. Vaciló un momento. Luego, entró en la cabina.

Introdujo unas monedas en la ranura y marcó un número.

No tardaron en descolgar al otro lado de la línea. Ella respondió a la voz que sólo podía llegar a sus oídos:

—Sí, cariño. Soy yo. Sharon.

Una pausa. Alguien hablaba al otro lado. Ella respondió después:

—Si, es muy tarde, lo sé. Pero ya está hecho. No hay nada que temer de él. No hablaré.

Me lo ha prometido. Sé que hará cualquier cosa por mi. Además, su

pasado le condiciona.

Sí, conforme. Voy para allá. No. no temas nada en absoluto. Ross Garfield será una tumba desde esta noche. Lo hará por mi, no lo dudes...

Colgó, sonriente, y se volvió para salir de la iluminada cabina. Entonces se heló la sonrisa en sus labios. Se quedó mirándome con vivo horror y sorpresa.

—¡Ross! —jadeó—, ¡Tú...!

La sujeté fuertemente por un brazo. Torció el gesto con dolor, pero no reduje mi presión por ello.

—Sorprendida, ¿eh? —dije entre dientes, con voz áspera—. Veo que no contabas con esto, *amor*.

—Ross, yo te explicaré... Estaba telefoneando a casa por si acaso y...

—Y ya has informado a tu interlocutor, seguramente tu amante esposo, que conseguiste tu objetivo de engatusar a un pobre idiota, hasta hacerle prometer que no hablaría para no dañar los intereses de la empresa Bacharah and Bacharah en un posible caso de fraude y homicidio. Después de todo, poner tus encantos físicos al servicio de una causa tan importante para la fortuna de los Bacharah, no podía herir tus escrúpulos,

¿verdad, encanto?

—Ross, te confesaré la verdad —gimió ella, asustada, aferrándose los brazos—. Las cosas no son como imaginas. Yo no deseo causarte daño alguno. Al contrario, he creído preferible actuar así para evitarte algo peor...

—¿Peor que utilizarme como un pelele víctima de tus encantos? ¿Qué es eso tan malo que podía sucederme? ¿Tal vez caer víctima de otro accidente, eliminándome así de un modo definitivo? Vamos, Sharon, habla de una maldita vez, escupe todo el veneno que llevas escondido dentro, hermosa arpía...

Y la abofeteé con violencia, lanzándola contra los cristales de la cabina telefónica. Ella lloriqueó, golpeándose con los vidrios en la cabeza, entre sollozos. La zarandeé sin mi-ramiento alguno, insistiendo en mis exigencias:

—¡Adelante, di todo lo que sepas! ¿Qué diablos está ocurriendo en la empresa? ¿Qué le sucedió realmente a la señora Farrow? ¿Fue un asesinato a sangre fría para no permitir que la policía metiera sus narices en la empresa lunera ría? ¡Di! ¿Fue eso, zorra maldita?

Y le solté un nuevo bofetón que enrojeció su mejilla. Las lágrimas corrían por su rostro, y pugnaba por escapar del encierro de metal y vidrio que era la cabina, iluminada en medio de la soledad de la calle, como un frío refugio en la noche.

—No. no. por favor. Ross, no me pegues —imploró ella, patéticamente—. Te diré todo... Te lo contaré todo, querido... Pero no sigas insultándome y golpeándome, si has sentido de verdad algo por mi durante esta noche...

Iba a tirar de ella con nueva violencia, para forzarla a confesar. En ese momento, no sé por qué, giré la cabeza. El ruido de un motor de automóvil no era nada excepcional ni amenazador en sí mismo. Pero mi instinto me hizo volver al captarlo, y creo que esa intuición repentina me salvó la vida.

Con ojos de horror vi venir hacia nosotros el camión. Había salvado la acera, y penetraba en ella pesadamente, a excesiva velocidad, envolviéndonos en la luz cegadora de sus faros.

Sharon gritó. Yo me apresuré a arrancar a la muchacha del interior de la cabina, precipitándome con ella al muro. Fue muy oportuna mi maniobra. El camión arrolló la cabina, y tanto la estructura metálica como el propio teléfono, crujieron al ser aplastados por el mastodonte con ruedas.

Corrimos los dos, mientras el camión enmendaba su ruta para deslizarse pesadamente, pero con excesiva velocidad para competir nuestras pobres piernas con su motor, acera adelante, sobre nosotros.

Sharon lloraba y jadeaba, sujeta a mi mano, comprendiendo que me debía la vida, a pesar de todo. Me miró con angustia suprema, apresurando la carrera. Yo tiré de ella con todas mis fuerzas, sintiendo el bramido del motor a mis espaldas, cada vez más cerca. El aire apestaba a gasoil y a aceite en torno nuestro.

Y, de repente, Sharon se desprendió de mis manos. No sé cómo pudo suceder, pero lo cierto es que se soltó de mi mano y cayó de bruces en la acera. Exhalé un grito de horror y me volví, desesperado, tratando de rescatarla, tirar de ella y levantarle del suelo. El camión, encima mismo de ella, era como una aterradora mole implacable que, sin la

menor vacilación, se precipitó sobre su víctima.

Exhalé un supremo grito de pavor, de náusea y de impotencia, cuando la pesada mole cubrió aquel cuerpo indefenso, aturdido, y por última vez en el mundo, el rostro hermoso y seductor de Sharon Bacharah me contempló despavorido, antes de desaparecer para siempre bajo las pesadas ruedas, en la oscuridad terrible que formaba la mole del camión sobre el asfalto callejero. Allá debajo, un crujido espeluznante logró erizar mis cabellos.

Un alarido inhumano heló la sangre en mis venas. Cerré los ojos espantado, sabiendo que yo mismo sería arrollado momentos después si un milagro no lo remediaba.

A la desesperada, y rehaciéndome de la espantosa sensación que sufría, me precipité sobre las ventanas de unos bajos, destrozando sus vidrios con mi cuerpo, que se zambulló dentro del oscuro edificio en medio de aquel cataclismo de cristales rotos.

Allá fuera, el camión rugió, sus faros resbalaron sobre la fachada, como ojos malignos buscando su presa, y por fin las trepidaciones de su motor se hicieron menos poderosas, el motor se alejó en la noche, y un silencio helado y horrible me rodeó en las sombras de aquel lugar. Supe que tenía cortes en manos y piernas e incluso en el rostro. Y que el camión asesino se alejaba, después de haber masacrado a Sharon Bacharah.

—Oh. Dios. Dios... —gemí en la oscuridad, aturdido y lloroso, conmovido por la trágica experiencia vivida, por la muerte espantosa que, sin duda, había sufrido la infortunada Sharon bajo aquellas ruedas devastadoras.

Ni siquiera supe cuánto tiempo transcurría hasta que la calle se llenó de voces, de silbatos policiales, de sirenas de coches patrulla, y una luz eléctrica se derramó sobre mi cuerpo ensangrentado, mientras alguien exclamaba con voz alarmada:

—¡Es un hombre y está ahí malherido! ¡Avisad a la policía, pronto! Ha debido entrar por la ventana, destrozándola...

Entonces, creo que me desmayé.

* * *

Fue un funeral muy sencillo, aunque con un costosísimo ataúd, y un mausoleo digno de una emperatriz o poco menos. En el cementerio

católico de Queens, resultaba el más majestuoso de todos.

Contemplé la puerta enrejada, cerrándose lentamente tras el féretro impresionante que contenía los triturados restos de la pobre Sharon Bacharah. La caja de madera lustrosa, con asas de bronce y el nombre «Sharon» escrito en gruesas letras de oro bajo el crucifijo del mismo preciado metal macizo, desapareció para siempre en el interior de la cripta abovedada. Un sistema electrónico de seguridad impediría el acceso de cualquier intruso al interior del mausoleo, en cuyo centro reposaría el cadáver de la que fue esposa de Alexander Bacharah.

Incliné la cabeza, persignándome. La sombra de dos hermosos ángeles de mármol, velando el sueño eterno de Sharon, se alargaba sobre el bien cuidado césped del camposanto. Miré a mi alrededor.

Los hermanos Bacharah presidían el funeral. Selwyn, con un sombrero negro dando vueltas nerviosamente entre sus manos. Alex, su hermano, rígido y anguloso como un buitre disecado, erguido en su sofisticada silla de ruedas.

Tras este último, se hallaba un joven alto, rubio y atlético, vestido sobriamente de gris oscuro. Parecía ser quien llevaba la silla del inválido. El hombre de confianza de Alex Bacharah. Algo más allá, se encontraba alguien que me habían dicho era Hamilton Ward, abogado y secretario personal del viejo y duro Alex. El rostro de éste, seco y enérgico, parecía tallado en piedra. Sus ojos grises eran como punzones y su nariz ganchuda recordaba el pico de los halcones.

También estaban allí los empleados de la firma, con Norman y Caldwell, los crionizadores, Anne Talbot e Ivy Scott, las dos rubias del personal femenino a quienes yo más conocía, que se hallaban cerca de mí. También había otras personas a quienes no conocía. Más tarde supe que el hombre de aspecto desaseado y rostro vulgar que se hallaba cerca de Selwyn Bacharah era Thorley Darrin, el jefe de la agencia de detectives privados que trabajaba para la firma Bacharah and Bacharah. Al último individuo asistente al funeral, le acababa de conocer el día antes.

Era el teniente Jeffrey Warren, de la División de Homicidios de Nueva York.

Lentamente, fuimos dispersándonos todos, tras el cierre de la cripta. El suntuoso funeral había sido, ciertamente, digno de la firma organizadora. Sólo que esta vez, el cliente era alguien muy afín a la casa.

Miré hacia atrás por última vez. El mausoleo, tan bello como fastuosamente ostentoso, quedaba a mis espaldas, como un recuerdo final del paso de Sharon por la vida. No pude por menos de recordar aquella noche en mi casa. Y el terrible desenlace en la calle.

—No se marche, Garfield —dijo una voz glacial cerca de mí—. Deseo que venga conmigo a casa.

Miré de soslayo. No pude evitar un estremecimiento. Los delgados, blancos labios de Alex Bacharah habían pronunciado esas palabras. Sus helados ojos grises estaban fijos en mí. Demasiados fijos para resultar tranquilizadores.

—Claro, señor —asentí con aparente indiferencia—. Como usted ordene.

—Espere a la puerta del cementerio — me indicó, dejando que su inseparable Wallace Cox el rubio ayudante (poco después supe su nombre exacto), condujera la silla por el senderillo del recinto fúnebre —. Le llevaré en mi coche, si no tiene inconveniente,

—No, no lo tengo, señor —respondí—. He venido en taxi.

El inválido siguió su camino en su silla rodante. Selwyn caminaba a su lado, deprisa, hablando animadamente, pero su hermano no parecía prestarle demasiada atención. Yo eché a andar tras ellos, sin prisas. Alguien se puso a mi altura. Miré.

—Hola —me saludó el teniente Warren.

—Hola, teniente —respondí, escueto.

Era un hombre de apariencia pesada, fuerte y vigoroso. Tenía un rostro bonachón que posiblemente engañara a muchos delincuentes. Yo noté la dureza y la combatividad en el tono marrón oscuro de sus estrechos ojos inquisitivos.

—Ha sido un hermoso funeral —comentó.

—Muy hermoso. Y muy caro —admití.

—Esa es la especialidad de Bacharah and Bacharah - sonrió forzosamente—. ¿Cómo van sus heridas, señor Garfield?

Le mostré mis manos cubiertas de tafetán y esparadrapo. También mi rostro, que aparecía cruzado por varios apósitos. Una tira adhesiva

cubría un corte en mi cuero cabelludo, y bajo los pantalones llevaba más heridas de vidrios rotos.

—No mal del todo —suspiré—. Peor hubiera sido el camión.

—Ah, si, el camión... —le oí resoplar entre dientes—. Extraño caso, ¿eh, Garfield?

Primero, una furgoneta mata por accidente a una vieja señora a la salida de la empresa fúnebre. Esa misma noche, un camión asesina a Sharon Bacharah, según su testimonio personal, Garfield.

—Es la verdad, teniente. Eso no fue accidental. Vinieron a por nosotros.

—Pero ¿por qué?

—Lo ignoro, teniente: Cuando encuentre al conductor de ese camión, quizás él pueda darle la respuesta.

—No va a ser tarea fácil dar con él —confesó el policía—. El camión fue hallado en un callejón, abandonado a cosa da media milla del lugar del suceso. Era robado y pertenecía a una empresa de transportes. No había huellas en el volante. El conductor usó evidentemente guantes, a pesar de que estamos en verano. Eso significa algo, ¿no?

—Premeditación, supongo.

—Perfecto. Veo que me entendió.

—No es difícil. Recuerde que soy el único testigo con vida. Puedo jurar una y mil veces

que no fue accidental nada de todo aquello. El camión subió a la acera, trató de aplastarnos con la cabina telefónica, luego arrolló a Sharon y yo me libré saltando por esa ventana. Inmediatamente, el tipo escapó. Parece todo claro, ¿no?

—Todo, menos el móvil. ¿Por qué desearía matarles a ustedes dos?

—En lo que a mí respecta, lo ignoro por completo, teniente.

—Usted entró a trabajar ese mismo día en la empresa, ¿no es cierto?

—Sí, ya se lo dije en la estación de policía.

—Y apenas llega allí mueren violentamente dos personas. Una en aparente accidente de tráfico. La otra, asesinada. Pero ambos podían haber sido asesinados, ¿no cree?

—Es posible —me encogí de hombros—. No presencié el atropello de la señora Farrow.

—Pero sí ha confesado que pensaba ocultarnos algo quizás vital: la señora Farrow había salido muy airada de la empresa, por culpa de una negligencia imperdonable de sus servicios criónicos. Habían cambiado de lugar el cadáver de su hijo.

—Sí, es cierto.

—¿Por qué quería usted ocultarnos eso, Garfield?

—Ya se lo dije —suspiré—. La compañía teme en buena lógica el escándalo. Esas cosas no benefician a una empresa.

—Pero habiendo una muerte por medio, no se pueden ocultar ciertas cosas. ¿A quién le prometió usted guardar silencio?

—A Sharon Bacharah.

—¿Por qué a ella? Apenas si se conocían ustedes dos.

—Es cierto. Pero ella me lo pidió. Era una dama hermosa y persuasiva. Me convenció para que le hiciera esa promesa.

—Pero no la ha mantenido al morir ella. ¿Por qué?

—Precisamente por eso, teniente: por morir ella. Ya no tiene objeto callar. Si la han asesinado, quisiera saber quién lo hizo y por qué. Ocultarle algo así, podría perjudicar la investigación.

—Y ponerle en apuros por ocultar evidencias a la ley —me recordó secamente, parándose en seco cuando nos faltaba poco para salir del cementerio de Queens—.

Dígame, Garfield, ¿qué hacía la señora Bacharah a esas horas de la mañana, cerca de su casa precisamente?

—Estaba preocupada por el asunto y me visitó para pedirme silencio, ya se lo dije también antes.

—Sí, sí, pero me parece que me oculta algo más. ¿Tan tarde le visitó ella?

—Así es. Tal vez no podía dormir por causa de lo ocurrido y se decidió a venir a verme...

—Su marido ha dicho que no durmió en casa esa noche. Su cama estaba intacta. Ya sabrá que ocupaban dormitorios separados marido y mujer.

—Lo suponía nada más. Ese no es asunto mío, teniente. Yo la recibí, me arrancó mi promesa y resolví ir con ella a la calle. Era tarde y creí lógico acompañarle hasta el lugar donde había aparcado su coche.

—¿Eso es todo lo que pasó, Garfield? —me taladró con sus ojos agudos.

—Sí —confirmé—. Es todo, teniente.

No sé si me creía o no, pero lo cierto es que no intentó sonsacarme más. De repente echó a andar de nuevo, alejándose de mí con paso rápido. Pero antes me soltó, como

quien no quiere la cosa:

—Ah, Garfield, revisé sus antecedentes. Ya sé que estuvo en un reformatorio, siendo menor de edad... Me alegra que se haya rehabilitado.

CAPITULO V

Era una suntuosa mansión en plena Quinta Avenida. Una de las pocas casas antiguas que quedaban ya en aquella zona, restos de tiempos señoriales. Altas cercas, jardines traseros y una fachada de piedra y ladrillo rojo, con tejados de pizarra, dignas de cualquier novela gótica de terror.

Pero interiormente, la casa distaba mucho de resultar tétrica o desagradable. Se conservaba el clasicismo en decoración, muebles y cortinajes, pero impregnado todo ello de una suntuosidad confortable, mezclando el progreso moderno con la elegancia del pasado. Se habían eliminado muchas escaleras para trazar rampas por las que la silla de ruedas del inválido debía subir y bajar sin problemas. En algunos puntos, las escaleras eran compartidas con las rampas, sin romper la armonía de la decoración y arquitectura de la residencia.

Allí vivía Alex Bacharah, con su servidumbre, su secretario y abogado, Hamilton Ward y su inseparable joven rubio. Wallace Cox, siempre callado y eficaz.

Apenas estuvimos dentro de la mansión, Bacharah me invitó a pasar a su despacho privado, en la planta baja, despidiendo secamente al joven Cox. Este se alejó silenciosamente, y el magnate de las pompas fúnebres activó el mecanismo de su silla, para entrar en la sala por sus propios medios. Observé, al caminar junto a él, que era cierto lo que Sharon dijera: radioteléfono, receptor de radio especial y toda una gama de avances estaban acoplados a su silla. No necesitaba moverse de ésta para controlar la actualidad y la marcha de sus negocios en todo momento.

—Siéntese —me invitó, abrupto, señalándome una butaca tapizada en cuero—. Se estará preguntando por qué le he pedido que venga a mi casa, ¿no es cierto?

—La verdad, sí —admití, sosteniendo su fría mirada de ave de presa.

—¿Y no encuentra una respuesta lógica?

—Imagino que sí, señor Bacharah.

—¿Cuál?

—El motivo de la presencia de su difunta esposa en la vecindad de mi casa, y en mi compañía, a tan avanzadas horas de la mañana.

—Exacto —apretó los labios hasta casi hacer desaparecer su boca en la pálida máscara de su rostro inescrutable como una esfinge—, ¿Va a responderme a eso?

—Ya se lo conté a la policía, señor Bacharah. Y a su hermano.

—Me tiene sin cuidado lo que les contó a ellos. Lo conozco. Y es mentira.

—Pero señor Bacharah... —comencé.

—Escuche, Garfield —alzó un brazo, apuntándome con un dedo huesudo, casi descarnado, igual que un temible fiscal acusando al reo para quien se pide sentencia de muerte—. No me importa lo que sea. No crea que soy un marido celoso. Ahora Sharon está muerta. Ella vivía su vida a su manera. No la reprocho nada, y menos cuando ya no existe. Pero a usted, como empleado mío, sí le exijo sinceridad. Es lo menos que me debe, Garfield. Yo sé que ella fue a buscarle. Y que ustedes dos tuvieron un romance.

—Aunque eso hubiera sido cierto, señor, nunca lo admitiría —le

repliqué, seco.

—Es igual —refunfuñó—. Sé que fue así. Conocía bien a Sharon. Ella fue a buscarle. Los machos jóvenes y atractivos la volvían loca. No, no proteste. No trato de ofender su me-

moria. Me limito a decir la pura verdad. Tuvo otros amores aparte de usted, no sea vanidoso. El propio Cox, mi ayudante. No pudieron engañarme. Y hubo otros más.

—¿Por qué no se divorciaba de ella, si eran así las cosas?

—Porque el divorcio no entra en mis convicciones mora les. Ella también era católica, pero a su modo. Nació católica, eso era todo. No creo que tuviera fe en nada. No le hubiera importado divorciarse. Pero a mí, sí.

—Eso destrozaba dos vidas: la suya y la de ella.

—Me tiene sin cuidado. Yo espero pocas cosas ya da la vida —golpeó sus piernas inmóviles con rabia contenida—. Esto me destruyó. No soy tan viejo como parezco, Garfield. Aparento sesenta años o más. Y tengo solamente cuarenta y nueve. Pero aun así, llevaba veintidós a Sharon. Demasiados años. Fue un error la boda. Pero los errores hay que pagarlos. Todos debemos pagar nuestras equivocaciones.

—Entonces, ¿por qué quiere saber nada de mí? —repliqué agriamente.

—Por su muerte. No me importa que se acostara con usted. Lo que me importa es que alguien la asesinara de ese modo, maldito sea. No pararé hasta hacerle pagar. ¿Cree que su muerte pudo tener algo que ver con algo que habló con usted esa noche?

—No sé... —vacilé.

—No me mienta, Garfield. Lo averiguaré de todos modos. Y usted no tendrá una sola oportunidad en mi negocio si sigue engañándome. Sea sincero. Sólo le pido eso.

—Muy bien —le miré agresivo—. Usted lo ha querido. Voy a ser sincero. Totalmente sincero. Luego, no se queje de ello.

—Adelante. Le escucho.

—Su esposa vino a verme. Estaba preocupada por lo sucedido ese día con la señora Farrow y con el descubrimiento de que otro cadáver

estaba en lugar del joven Farrow en Crionización. Quiso comprar mi silencio. Lo logró. Yo le prometí callar. Me pareció mucho más tranquila. No sé por qué, recelé algo en su comportamiento y la seguí sin darse cuenta ella. La sorprendí hablando con alguien. Se refería al modo que tuvo de engañarme y de obtener mi silencio en el trueque de cadáveres congelados. Eso me enfureció y me porté rudamente con ella. Asustada, me prometió confesarme todo. Iba a hacerlo cuando surgió el camión y se precipitó sobre nosotros. Lo demás, ya lo sabe usted. Me salvé arrojándome a una vivienda cercana. Me causé heridas, pero huí del camión. Cuando me sacaron de allí en una camilla, policías y enfermeros rodeaban el cuerpo machacado de su esposa. Las ruedas del camión la habían dejado virtualmente triturada sobre el asfalto, hecha una pulpa informe. Creo que me desmayé otra vez al verlo.

Esa es toda la historia.

Alex Bacharah me contempló con sus ojos de ave de rapiña. Meneó la cabeza de un lado a otro.

—Sé que ésa no es *toda* la verdad —alzó la mano, interrumpiendo mi protesta—. Ya sabe usted a lo que me refiero. Pero dejaremos ese lado de la cuestión. ¿Cree que su muerte tuvo algo que ver con el asunto Farrow, en ese caso?

—Es muy posible, pero no sé por qué.

—¿No pudo captar ningún nombre, cuando ella telefoneó? ¿Algún indicio para identificar a su comunicante?

—No, ninguno. No creo que pronunciara nombres.

—¿Supone que habló con un hombre?

—Es posible, pero no podría asegurarlo tampoco. Habló con ambigüedad. Al principio pensé que lo hacía con usted.

—No estableció contacto conmigo en ningún momento —negó fríamente Alex Bacharah—. De todas maneras, habrá que centrar la búsqueda en torno a ese suceso que causó la muerte de la señora Farrow. Dicen que la mató uno de mis empleados...

—Un conductor de furgonetas fúnebres llamado Clarence Ford —asentí—. Llevaba un cargamento de flores ese día. Salía del *parking*. Si es un experto chófer, resulta difícil comprender un fallo semejante. Tuvo que ver claramente cruzar a la señora Farrow. Y él no tenía por

qué estar nervioso o aturdido como lo estaba ella...

—Le prometo que se investigará hasta el fondo todo eso, Garfield. Tengo un buen detective privado a mi servicio, Thorley Darrin, que tiene una agencia con más de diez hombres bajo su mando. Encontrará algo, estoy seguro.

—Espero que sea así, señor Bacharah. Lo crea o no, sentía verdadero aprecio y admiración por su esposa. Mi mayor deseo es que el canalla que la aplastó, pague su crimen.

—Le creo, Garfield —susurró el inválido pesadamente. Hizo rodar la silla por el salón—.

Quédese, por favor. Cenará conmigo esta noche, si no tiene inconveniente.

—Ninguno, señor. Será un honor sentarme a su mesa.

* * *

Dejé la casa de los Bacharah cerca de las diez. Regresé a casa con un taxi, y por el camino fui meditando sobre muchas cosas que seguía sin ver claras. Bacharah era un hombre duro y amargado, pero no me caía tan mal como había esperado antes de conocerle en persona.

Parecía confiar en mí hasta cierto punto, si es que el inválido confiaba realmente en alguien. Ahora sabía que incluso su silencioso y fiel servidor, el rubio Cox, había sido amante de su mujer y él lo sabía. No, no era fácil que tuviera fe total en nadie.

Pero al final de la velada me había hecho una extraña proposición a la que aún estaba dándole vueltas ahora, sentado en aquel taxi, de regreso a casa:

—Garfield, ¿quiere investigar personalmente el asunto de la señora Farrow?

Me había dejado perplejo. Le objeté en seguida:

—¿Yo? Sólo soy un ejecutivo, un jefe de ventas. Usted tiene una agencia de detectives, un investigador experto. Y está la policía. El teniente Warren es de Homicidios y está investigando la muerte de su esposa...

El había insistido, con tono sacó:

—Sé todo eso, Garfield. No pretendo que usted se convierta de la noche a la mañana en un detective privado ni nada de eso. Pero hay cosas dentro de una empresa que la policía jamás podrá descubrir. Ni tampoco los detectives, porque se nota cuál es su profesión. Usted, en cambio, es un ejecutivo, un hombre empleado mío. ¿Quién puede recelar nada si usted investiga por qué se trocaron los cadáveres crionizados y por qué podía tañer alguien interés, dentro de mi empresa, en hacer callar a la señora Farrow? Le he estado observando, y veo que es usted inteligente, imaginativo y sagaz. Son tres

buenas virtudes para curiosear, indagar sin despertar sospechas... y llegar a algo positivo antes que mis detectives profesionales o la propia policía. Si logra eso, Garfield, no sólo sería mi jefe de ventas, sino que podría recompensarle con una suma muy respetable.

Digamos... cincuenta mil dólares en efectivo.

Me había dejado sin aliento. Traté de protestar, y él me había dicho:

—No, no. No me venga con cuentos ahora. Sé que necesita el dinero. Vive usted modestamente, ha tenido una infancia dura, una adolescencia plagada de problemas y una juventud en la que aún no ha podido alcanzar su meta. Ese dinero podría ayudarle mucho en su tarea de ir a alguna parte, créame. Piense bien mi oferta. Si acepta usted, no tiene que decirme nada. Empiece a investigar mañana mismo con el mayor disimulo posible. Y en cuanto tenga algo, el dinero será suyo.

Esa era su oferta. Por supuesto, me había sumido en un mar de incertidumbres. No sabía qué hacer. Cincuenta mil dólares era una suma muy apetitosa para cualquiera. El tenía razón. Necesitaba ese dinero como el que más. Pero la tarea de enfrentarme quizás a un feroz asesino, el mismo que había aplastado a Sharon e intentado lo mismo conmigo, no resultaba demasiado tentador para nadie.

«Lo pensaré esta noche —me dije a mí mismo—. Y mañana resolveré.»

Unos minutos más tarde había tomado mi resolución, sin necesidad de pensar nada durante la noche.

Y todo porque intentaron asesinarme por segunda vez en pocos días.

* * *

Esta vez fue en mi propia casa. Bajo mi propio techo.

Apenas hube cerrado la puerta tras de mí, después de dar la luz del interruptor situado a mi derecha, ocurrió todo.

Tuve una rara, súbita sensación de que algo anormal sucedía. De que las cosas no eran siempre en mi casa como habían sido. Tal vez algún mueble movido, objetos cambiados de sitio, no sé. Lo cierto es que lo intuí. Pero demasiado tarde.

Una sombra se abalanzó sobre mí, surgiendo de detrás de la puerta, apenas la hube abierto. Vi destellar en el aire una hoja de acero que descendía hacia mí con celeridad. La mano que la empuñaba era negra y reluciente, como puede serlo una mano enguantada de cuero.

Todo fue muy rápido, muy fugaz. Creo que por puro instinto alcé un brazo, el izquierdo, protegiéndome de aquella agresión mortífera. La punta del acero buscaba mi garganta.

Creo que de no obrar con esa rapidez, la hubiera alcanzado fatalmente.

El agresor emitió un gruñido al no poder alcanzar mi cuello, cuando notó que el arma hendía mi manga, rasgando el tejido, alcanzando mi piel, que cortó como si fuera mantequilla, a la altura del codo, pero resbalando luego al chocar con el hueso. Noté una sensación lacerante al rasgarse mi piel, como si algo helado y a la vez abrasador desgarrara mi carne y llegara a mis nervios en forma dolorosa.

Pero sabía que estaba en juego mi vida y seguí luchando por ella. Mi adversario se cubría la cabeza con una especie de caperuza o pasamontañas negro. Sólo me fue posible ver sus ojos, unos ojos cuyo color ni siquiera capté en la confusión del momento, pero que me parecieron tan fríos y acera dos como la hoja del arma que hiriera mi brazo y que ahora pugnaba por enmendar el yerro, buscándome de nuevo. El intruso vestía un sobretodo o guardapolvo oscuro, tal vez negro o tal vez azul marino, prenda no demasiado adecuada para aquella noche casi calurosa. Pero que cubría convenientemente su figura, haciéndola borrosa e inconcreta.

Esta vez, a pesar del dolor de mi brazo, que goteaba sangre en el suelo, me había recuperado lo suficiente para enfrentarme al enemigo dispuesto a matarme. Aferré con todas mis fuerzas una silla y la levanté con mi brazo sano, el derecho, lanzándola contra el agresor.

Aunque se agachó con presteza, recibió el impacto en su hombro derecho y parte de la cabeza. Le oí gruñir de nuevo, esta vez de dolor, y perdió su fuerza en la mano diestra por un momento. Lo suficiente

para soltar el arma. El acero tintineó al golpear las baldosas.

Ahora ya se habían equilibrado notablemente las fuerzas, aunque yo continuaba con mi brazo izquierdo inutilizado y, lo que era peor, sacudido por dolorosos calambres allí donde el arma había rasgado mi piel.

Sin embargo, el enemigo no quiso seguir la lucha en ese momento y, antes de que pudiera tomar fuerzas para caer sobre él dispuesto a descubrir su identidad y capturarlo, logró escabullirse, abrir la puerta y lanzarse escaleras abajo con precipitación.

Jadeante, corrí tras él. Pero era tan rápido como audaz, y le vi saltar por el hueco de las escaleras cuando le faltaba aún un piso por salvar. Cayó sobre sus piernas flexionadas, y se lanzó como una flecha hacia la puerta de la calle. Yo me sentía muy débil, con mi herida llena de sangre, dejando tras de mí un reguero, y la cabeza me daba vueltas. No me atreví a saltar como él. Y así, cuando llegué a la calle, un automóvil oscuro doblaba la esquina velozmente, saltando sobre el bordillo de la acera como un potro encabritado. Un momento después, había desaparecido.

Llegué hasta la esquina misma, sintiéndome agotado. Miré la larga calle desierta. Un motor se perdía en la distancia. Mi atacante había doblado en otra esquina, perdiéndose definitivamente, incluso antes de serme posible ver su matrícula.

Lo había perdido de modo definitivo. Regresé lentamente a casa, sujetándome el brazo ensangrentado. Todo esto, unido a las numerosas heridas que sufriera al lanzarme noches atrás por la ventana de aquella casa para huir a una muerte cierta, me había debilitado en extremo. Me sentía cansado, maltrecho. Y, lo que era peor, fracasado y en peligro. Ahora sabía que intentarían matarme de nuevo, puesto que habían fracasado dos veces. Yo estorbaba a alguien, eso era evidente.

No llamé a la policía. Me limité a guardar el arma con que intentaron degollarme en mi propia casa. Examiné la cerradura de la puerta, que no había sido violentada. Sin duda, una ganzúa le había bastado para franquearse el paso. Yo nunca había adoptado medidas especiales de seguridad, sencillamente porque nunca pensé que intentaran asaltarme,

¿Sería el misterioso intruso del cuchillo el mismo que manejaba el volante del camión que arrolló a Sharon Bacharah?, me pregunté,

mientras me despojaba dificultosamente de chaqueta y camisa, para examinar mi brazo, lavarlo con agua primero y con alcohol

después, aplicándole mercurocromo para la cicatrización, antes de envolverle en un vendaje tosco pero eficaz que, cuando menos, contribuyó a detener la hemorragia.

Me acosté y apenas si pude dormir. El brazo seguía doliéndome y tenía fiebre. Un par de tabletas de analgésico y antipirético, me sirvieron de algo, pero mi sueño esa noche fue intranquilo y pesado. Cuando fui al día siguiente al trabajo, parecía que no hubiera pegado ojo. Y, lo que era peor el brazo me dolía todavía más y sentía en él fuertes palpitaciones.

Tal vez por eso, me desvanecí bruscamente en mi despacho, cuando Ann Talbot, la rubia y atractiva muchacha del personal de la empresa, tomaba taquigráficamente unas notas que yo le daba dictando, con destino a la sección de publicidad.

—¡Señor Garfield! —se alarmó—. ¿Qué le ocurre?

Sólo atiné a decirle unas pocas palabras antes de derrumbarme:

--Por favor, no diga nada a nadie, no dé la alarma... Se lo ruego.

Tal vez por eso, al recuperarme estaba con mi brazo desnudo y ella inclinada sobre mí, con un botiquín de la empresa a su lado. Traté de moverme. Me detuvo, con una sonrisa persuasiva.

—No, por favor —rogó—. Estese quieto. Voy a curarle un poco este brazo. No se preocupe por los demás. Es la hora del almuerzo. Han salido todos.

La miré asombrado. Me limpió el brazo con una eficacia sorprendente. Luego aplicó un desinfectante a base de antibióticos, puso gasas y vendó con cuidado toda la zona herida.

Cuando terminó, noté un raro alivio, una suave sensación de frescor en mi larga herida hasta el codo.

—Gracias —suspiré—. Me siento mucho mejor. Lo hace usted muy bien.

—Tengo que hacerlo —me sonrió—. He sido enfermera, Ross. Ahora, ¿quiere decirme lo que le ha ocurrido? Eso tiene todo el aspecto de una cuchillada. Y estaba a punto de infectarse...

Se lo conté, mientras repartía conmigo los emparedados que llevaba para su almuerzo.

Ann Talbot, la estereotipada rubita de curvas armoniosas y sonrisa fácil, empezaba a mos-trarse ante mí como realmente era, no como una simple muñequita vistosa de cara a la clientela.

Me escuchó con atención mostrándose preocupada a medida que avanzaba en mi relato.

Al final, lanzó un suspiro, apurando su vaso de leche y los restos de su último emparedado.

—Es una historia horrible —musitó—. ¿Qué piensa hacer?

—La verdad, no lo sé —le confesé.

—¿No va a dar cuenta de esa agresión a la policía?

—No creo que adelantase mucho, la verdad, —murmuré.

—Pero tendría que hacerlo... Pueden intentarlo otra vez.

—Es posible. Sin embargo no creo que ellos puedan ayudarme. Poner a un policía día y noche vigilándome de cerca, no es una solución viable. Hay muchos momentos en que puedo ser vulnerable aun con protección policial.

—Pero si no va a hacerlo así, ¿qué otra alternativa le queda estando en peligro?

—Luchar.

—Luchar, ¿cómo? —se exasperó la joven rubia—. Ni siquiera sabe con quién o con

quiénes, Ross.

—Contra quien sea ese asesino, no importa. Tengo una oferta. Pues bien, la aceptaré.

Voy a investigar este sucio asunto hasta el fondo, y no pararé hasta descubrir toda la basura que se esconde aquí. Tal vez sea el mejor medio.

Ann Talbot me contempló con sus ojos claros y brillantes.

—¿Por qué se sincera conmigo? —preguntó—. Yo podría ser enemiga suya...

—Puede que lo sea. Pero tengo que confiar en alguien.

—¿Y por qué en mí, precisamente?

—Usted tiene aspecto de ser una buena chica, además de bonita y con un hermoso tipo.

Voy a confiar en usted, eso es todo. Sé que no va a decir de esto nada a nadie.

—Muy seguro está de mí, Ross.

—Sí, lo estoy. Y no me pregunte por qué. Es simple intuición.

—Le aseguro que no saldrá una sola palabra de mis labios —dijo al fin, respirando hondo—. Y si puedo ayudarle en algo, lo haré gustosa, Ross.

—Se lo agradezco, Ann. Es usted tal como me imaginaba —puse una mano afectuosamente en su brazo y le sonreí—. Voy a empezar a abusar de su bondad, Ann.

—Adelante —me animó—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Vi el otro día que se ocupa también de los archivos, ¿no es cierto?

—Bueno, cuando no se tiene una especialidad, dentro de una firma como ésta se hace de todo un poco: relaciones públicas, archivadora, mecanógrafa... —su sonrisa se amplió—. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque necesito unos datos sobre Arthur Farrow el muchacho crionizado. Qué día falleció, de qué murió, y cosas así. También si hubo alguna otra crionización ese día, y si esa otra pudo ser la de la mujer rubia de grandes senos que reposaba en el lugar del joven Farrow cuando su madre hizo el descubrimiento. ¿Cree que puede hacerlo.

—Claro. Es muy sencillo. El archivo de Crionización no es muy amplio, por razones obvias. Curiosearé en esos datos que me pide.

—Gracias. De momento, eso será todo. Ah, tal vez también me gustaría saber algo más de los que se ocupan de crionizar a los cadáveres en la sección que dirigía Sharon Bacharah.

—Sólo hay dos colaboradores directos en esos trabajos: Norman Zorbe y Mike Caldwell.

Pero Zorbe es el encargado principal de la sección. Claro está que la labor de crionización la realiza el personal especializado: médicos, expertos y todo eso, en un ala especial del edificio. El doctor Kramer es el director de ese departamento.

—No creo que los expertos en crionización tengan relación con el asunto. Ellos supongo que se limitarán a congelar los cadáveres que les entregan y pasarlos a la sección donde se les mantiene crionizados, ¿no es cierto?

—Sí —asintió Ann Talbot—. En realidad, Norman Zorbe es el responsable directo de todo lo que sigue al proceso de crionización en sí.

—Ya. Norman Zorbe. Estaba presente cuando la señora Farrow descubrió que el cadáver de la cápsula rotulada con el nombre de su hijo pertenecía a otra persona.

—Ross, ésta es una empresa muy amplia, dentro de su especialidad —dijo Ann, con repentina extrañeza—, ¿Por qué se preocupa única y exclusivamente de los cuerpos crionizados?

—Porque en esa sección trabajaba Sharon y ahora ella está muerta. Porque en esa sección se cambiaron sin razón aparente dos cadáveres de lugar, y porque en esa sección una mujer descubrió que su hijo no ocupaba el lugar adecuado, y ahora esa mujer está muerta. ¿Le parecen pocos motivos, Ann?

—Es verdad —admitió ella, arrugando deliciosamente su ceño—. Es preocupante que suceda allí todo eso. Nunca me gustó ese departamento, la verdad. Es un mundo helado, siniestro, Y encima, todo eso...

—Sí. Y encima, todo eso —repetí, ensombrecido—, ¿Cree que podrá conseguir datos personales sobre Norman Zorbe?

—Al menos lo intenté en el archivo de expediente de personal, pero no le aseguro nada en ese sentido. Es una sección particularmente difícil, compréndalo. A nadie le gusta que hurguen en sus datos personales. La dirección se enfurecería si alguien curioseara en su personal.

—Si supone un riesgo, no lo haga. Ann.

—Oh, no, no. Ya le he dicho que lo intentaré, Ross —me miró con vivo interés—. Bien, creo que el personal está a punto de entrar. Será mejor que me vaya. Cuanto menos me relacionen con usted tanto mejor podrá ser mi tarea de ayudarlo.

—Sí, es una buena idea —acepté—. Gracias por todo, Ann,

—No me las dé todavía —sonrió—. No he empezado aún a ayudarlo.

—No era por eso, sino por la curación del brazo. Y por compartir el almuerzo. ¿Quiere a cambio cenar conmigo esta noche?

—Proposición aceptada —dijo, saliendo del despacho—, A las siete le espero donde usted me diga, menos en un lugar donde puedan vernos juntos.

Le mencioné un restaurante determinado del Village. Aceptó con una sonrisa, antes de dejarme solo en mi despacho.

CAPITULO VI

Era un lugar pintoresco y abigarrado de Greenwich Village, en su zona menos peligrosa y mas bohemia. A Ann parecía gustarle, mientras nos acomodábamos en una mesita discreta, adornada con un búcaro de flores y una lámpara individual de rosada pantalla.

Una camarera de hermosas curvas, pelo negro y sonrisa dentífrica, nos atendió entregándonos dos cartas de tamaño descomunal. Elegimos la cena y el vino, y nos miramos fijamente el uno al otro, una vez solos

Ann Talbot resultaba más sugestiva, menos impersonal ahora, vestida de calle, con discreción y cierta elegancia, que con el uniforme de la empresa funeraria. Hasta el rubio de sus cabellos parecía menos artificioso ahora.

—Tengo informes para usted, Ross —me dijo a media voz.

Enarqué las cejas. Era un buen modo de empezar la noche para un aficionado a detective, pero pésimo para un hombre que escolta a una pareja tan llena de encantos como aquella muchacha.

—Hablaemos luego de ello —sugerí sonriente.

—¿Por qué luego? —se extrañó ella—. Creí que le importaba la investigación.

—Y me importa. Pero no tanto como cenar con una bonita mujer y hablar de cosas bellas y sugestivas.

—Oh, es eso —rió suavemente—, Ross, recuerde que sólo somos compañeros de trabajo, buenos amigos, y ahora casi camaradas en una aventura detectivesca. Eso es todo.

—¿Todo? —repetí—. Las cosas pueden cambiar un día, ¿no?

—Empieza a perecerme un donjuán, Ross. ¿Se ha olvidado ya de Sharon?

Fruncí el ceño, sorprendido. La verdad es que no estaba preparado para recibir ese impacto, y creo que acusé ostensiblemente el golpe.

—Yo no he dicho nada de Sharon —le recordé—. Sólo que vino a verme para pedirme silencio en el asunto Farrow. Y que me dolió mucho su horrible muerte...

—Ros, soy mujer —me recordó ella, aunque maldita la falta que necesitaba de hacerlo así—. No se nos ocultan fácilmente ciertas cosas. Usted calló algunas que no quiso revelarme. Hizo bien, como caballero. Pero a una mujer no se la engaña fácilmente en cuestiones de este tipo, compéndalo.

Me mordí el labio sintiéndome demasiado vulnerable ante Ann Talbot.

—Eso son simples suposiciones tuyas —dije roncamente—. Sharon era una dama.

—Oh, ¿y quién lo duda? Una dama con marido, una vida suntuosa... y nada más. Sin un hombre de verdad junto a ella. Sabíamos de su debilidad: los jóvenes atractivos. Era humano que fuese así, Ross, No la culpo. Nadie lo haría. Yo sólo le dije antes que no creía que hubiese olvidado a Sharon. Sólo eso.

—No la he olvidado —confesé de mala gana—. Por ella hago todo esto.

—Le entiendo —suspiró Ann—, De momento, por tanto, seremos sólo amigos y camaradas, ¿está claro?

—Como la luz del día —refunfuñé—. Supongo que eso no significará que se niegue a bailar conmigo después, en un club nocturno...

—Le gusta ir deprisa con las chicas, ¿eh? —me reprendió burlona—. Está bien, iré. Pero si alguien nos ve, nuestra colaboración puede no resultar tan eficaz.

—Correremos el riesgo —sonreí, sintiéndome algo más animado.

La cena fue excelente. Ya a los postres, le pedí a Ann que me contase lo relacionado con sus pesquisas en los archivos de Bacharah and Bacharah. Y lo hizo.

—Verás, Ross —comenzó—. He logrado leerme el expediente personal de Norman Zorbe.

—¿Y...?

—Ingresó en la empresa hace tres años. Justamente unos seis meses antes de hacerlo yo.

—Tres años... —reflexioné—. El mismo tiempo que lleva muerto Arthur Farrow, ¿no?

—Aproximadamente igual. Creo que Zorbe ingresó cosa de unos meses después de ser crionizado Farrow. Luego haremos el cálculo exacto. Traigo anotadas las fechas de todo ello. Siguiendo con Zorbe: sus informes anteriores son excelentes, pero algo oscuros.

—Oscuros, ¿en qué sentido?

—Certificados de buena conducta de empresas demasiado lejos de Nueva York. Lina en San Francisco, otra en Canadá, una tercera en Oregon... Ya sabe, difícil de probar si, realmente, fue tan modélico empleado como aseguran esas cartas, o todo fue una maniobra del propio Zorbe. Tiene treinta años y carece de familia. Su experiencia en congelación le viene, al parecer, de haber trabajado en barcos congeladores siendo muchacho, y posteriormente en una factoría de productos alimenticios congelados, en la Costa del Pacífico. También tuvo un empleo relacionado con investigaciones de crionización humana, congelación de órganos para trasplantes y cosas así, en un centro de California. Eso es todo cuanto dice su expediente personal.

—¿No está casado?

—No. Ya le dije que carece de toda clase de familia. Vive solo en un apartamento de Queens. Gana un buen sueldo y no tiene problemas económicos. En el apartado de control de personal por parte de la empresa, no figura nada contra él. Observa impecable conducta y es muy eficiente en su labor. Sólo le han añadido una observación provisional sobre investigación de un error en la distribución de cuerpos congelados. La fecha es actual, por tanto debe referirse a Arthur Farrow.

—Bien. No es mucho, pero tampoco esperaba resultados espectaculares. ¿Y acerca de Arthur Farrow?

—Ahí encontré más cosas. Escuche bien, Ross. Arthur Farrow murió de tumor cerebral incurable. Eh su último instante, pasó a crionización por voluntad materna. Eso sucedía hace exactamente tres años, dos meses y seis días. El mismo día, la empresa recibía otro encargo de crionización: una productora cinematográfica de películas porno, les entregaba el cuerpo de una «estrella» de esa clase de cine, una tal Chesty Lamont, muerta en accidente de automóvil, por rotura de médula espinal. En su contrato figuraba una cláusula grotesca sobre congelación de su cuerpo en caso de muerte prematura, para que su generoso y célebre busto, el mayor conocido en el ámbito del cine porno, se conservase para, un hipotético día futuro, revivir glorioso, espléndido, cuando la medicina fuese capaz de resolver las

causas de su muerte.

—Simple publicidad gratuita para la productora, ¿no es eso? —sugerí disgustado.

—Sí, los del cine son así. No se detienen ni ante algo tan serio como la muerte, si ello les reporta dividendos. La pobre Chesty, con sus enormes glándulas, famosas en esa clase de producciones cinematográficas, fue a parar a Crionización. y eso se publicó en todos los periódicos y revistas de cierto tipo sensacionalista y morboso, para placer, supongo, de erotómanos y de necrófilos. Ahora, sin embargo, ya nadie se acuerda de ella.

—¿El mismo día fueron ambos crionizados por nuestra empresa?

—Sí, el mismo día. Eso podría explicar el cambio de cápsula, pero...

—Pero ¿qué? —indagué, curioso.

—Resulta extraño que ese mismo día, un reportero de la productora cinematográfica fingiendo visitar a la difunta para despedirse de ella «hasta el futuro», hiciese varias fotografías del cadáver congelado, con una microcámara japonesa, publicando luego las macabras imágenes en una revista cinematográfica de ínfima condición. Y según esas fotografías, puede verse a Chesty Lamont siendo introducida *en su propia cápsula* de crionización, con su nombre inscrito visiblemente en ella.

—¿Cómo ha sabido eso? —me sorprendí—, ¿Figura en la ficha de la difunta?

—No, no figura ahí Pero Mike Caldwell, el otro empleado de crionización que trabaja junto a Norman Zorbe, me vio revisando esas fichas. Le expliqué algo relacionado con el propio señor Bacharah, que desea informes sobre ese error, y me creyó. Hasta el punto de que me llevó a su oficina y me mostró una página de dicha revista, con las fotos del cadáver. El guarda eso como un recuerdo, no sé si de la crionización o de la propia Chesty.

—Vaya... Tal vez Caldwell sea necrófilo o cosa parecida —sugerí.

—Es posible —se estremeció Ann Talbot—. No me gusta la gente que anda siempre entre cadáveres. Acostumbran a ser algo... *raros*.

—Nosotros también andamos entre ellos, aunque algo más a distancia le recordé con ironía. Luego, reflexioné sobre lo que había referido—.

De modo que es posible que se hayan manipulado esos cuerpos *después* de ser encerrados en sus cápsulas.

—Sí, eso parece haber ocurrido.

—Tiene poco sentido, ¿no, Ann? ¿Se acostumbra a hacer algo así?

—Lo comenté con Caldwell, precisamente —ella puso gesto de astucia—. Me negó rotundamente tal posibilidad. *No se mueven esos cuerpos, una vez encerrados en su cápsula bajo pretexto alguno.*

—De modo que alguien lo hizo clandestinamente, por la razón que fuese... —sugerí.

—Es la única posibilidad razonable.

—¿Zorbe?

—Puede que fuese él. Si alguien deseaba contemplar con morboso interés los senos sin vida de Chesty Lamont, no tenía por qué sacar también a Farrow de su cápsula y cambiar luego los cuerpos de lugar. Eso es lo único incomprensible. Ross.

—Sí, lo sé —admití, ceñudo—. ¿Algo más sobre Farrow?

—Su ficha no aclara muchas cosas, salvo que era sólo hijastro de la señora Farrow.

—¿Hijastro? —me sorprendí.

—Sí. Ella era viuda de dos hombres: de Edward King y Vincent Farrow. Este, a su vez, viudo de otra mujer que le dejó un hijo, Arthur. La señora Farrow nunca tuvo hijos propios. En su ficha figuran esos detalles. Al parecer, Arthur heredó el mal de su padre, que también murió de tumor cerebral, según el informe médico que adjunta la ficha,

previo a la crionización.

—¿Eso era todo?

—Tod. Ross. No es demasiado para empezar a investigar un caso de asesinato, ¿no?

—Todavía no lo sabemos. Después de todo, no soy un experto. Quizás me he metido en un asunto demasiado difícil y complicado para no tener idea de todo esto. Pero no pienso echarme atrás, Ann. Seguiré

hasta el fin, si me es posible.

—Cuenta conmigo —se ofreció ella, generosamente.

—Gracias —la miré largamente—. Sé que lo hará. ¿Qué tal si vamos a bailar ahora?

—A sus órdenes, Ross —sonrió suavemente la muchacha.

* * *

Pasaron días sin ocurrir nada especial en la empresa ni fuera de ella.

Y los días se hicieron semanas.

Mi trabajo iba a buen ritmo. Vendía con facilidad, y Selwyn Bacharah parecía satisfecho con su nuevo ejecutivo. En cierto modo, es como si nada hubiera pasado. La gente daba la impresión de haberse olvidado totalmente de lo sucedido fechas atrás.

Pero yo seguía recordando. Y me preguntaba si la policía estaría ya tan poco interesada en el asunto como los empleados de la firma. Nadie parecía investigar nada, todo seguía un ritmo rutinario. Ni siquiera habían intentado atacarme de nuevo.

Mis relaciones con Ann Talbot se limitaban, allí dentro, a la rutina del trabajo cotidiano, lo mismo que con Ivy Scott o las demás rubias en serie de la casa. Sin embargo, acostumbrábamos a reunimos más de una vez por semana y salir por ahí, sin que nadie supiera nada. Ni ella ni yo progresábamos un solo paso en el asunto. Era como si todo se hubiera anquilosado, como si la vida fuese absolutamente normal, aunque ambos sabíamos que no era así.

Vi en diversas ocasiones a Norman Zorbe y a Mike Caldwell, los empleados de Crionización, con motivo de posibles clientes para la sección. También conocí a Clarence Ford, conductor de la furgoneta que mató a la señora Farrow, en libertad condicional bajo fianza mientras se aclaraba el asunto del accidente. Era un hombre rudo y tosco, poco dado a tener amistades, de carácter introvertido.

Confieso que no tuve mucho éxito en conseguir clientela para ser crionizado algún familiar en el momento del fallecimiento clínico. Era difícil persuadir a la gente de cosas tan hipotéticas. Aun así, al fin conseguí un cliente, a las tres semanas de estar en la empresa. La crionización se elevaba en su costo inicial a doscientos diez mil dólares. Era una familia rica, y una muchacha había muerto de

leucemia, a los diecinueve años de edad. No dudaron un momento en aceptar el resquicio de esperanza que para al futuro suponía la posibilidad de devolver vida y salud a su hija amada.

Eso me permitió reunirme con Norman Zorbe y Mike Caldwell. Ahora, Zorbe se ocupaba de dirigir la sección, en sustitución de la desaparecida Sharon. Me escuchó atentamente y afirmó:

—Descuide, señor Garfield —dijo—. Todo estará a punto en dos días. Dentro de tres,

pueden venir los familiares a despedirse de su hija hasta la siguiente visita, si es que desean hacerla. Tendré todo a punto para esa fecha.

Y se puso en contacto con el departamento médico y científico de la especialidad para ultimar detalles.

Yo me quedé solo unos momentos, en la gélida cámara de conservación de las cápsulas funerarias, con su contenido de plateada envoltura. Me estremecí, mirando todos aquellos cilindros metálicos conteniendo una muerte fría y extraña. Leí uno a uno los nombres allí inscritos. Me detuve ante el de Arthur Farrow. Inmediatamente después, estaba el de ella, Chesty Lamont, la mujer de los senos famosos.

Miré por el visor de grueso vidrio hermético. Vislumbré solamente la forma rugosa, metálica, de la plateada envoltura de los cuerpos congelados. Vistos así, todos parecían iguales. Fantásticas momias de una civilización de un remoto futuro. Seres que en teoría debían revivir alguna vez, totalmente sanos. Sólo en teoría, claro...

—¿Busca algo?

Me sobresaltó la voz. Me volví. Mike Caldwell estaba tras de mí, con el mono plateado que constituía allí el uniforme de trabajo. Creí adivinar en sus pequeños ojos oscuros cierto brillo de malignidad, pero podía ser sólo obra de mi imaginación.

—No, nada —rechacé—, vine a hablar con Norman. Curioseaba, simplemente.

—Ya —Caldwell miró los cilindros de metal niquelado—. Extraños ataúdes, ¿no, señor Garfield?

—Si, muy extraños —admití, pensativo.

—Es difícil habituarse a esta forma de trabajo. Pero uno termina familiarizado con todo ello. Supongo que es como todos los oficios, por raros que sean.

—Supongo que sí —convine, con un suspiro. Luego interrogué de repente a mi interlocutor—: Dígame, Caldwell, ¿qué piensa usted del error?

—¿Error? —pestañeó mirándome sorprendido. Luego, pareció entender e hizo un gesto de asentimiento—. Oh, entiendo. Se refiere a aquel infortunado cambio de cuerpos, ¿no es cierto?

—Sí, exacto. ¿Cómo pudo estar el cadáver de Chesty Lamont en el recipiente criónico de Arthur Farrow? Resultó un fallo bastante grave para nosotros...

—Lo sé, lo sé —aceptó de mala gana—. Ni yo mismo comprendo qué pudo pasar, a menos que...

—A menos que... ¿qué, Caldwell? —pregunté, al ver que se detenía en su frase, como si de pronto se hubiese arrepentido de decir algo que estaba a punto de expresar.

—No, no, nada —se apresuró a rechazar, tragando saliva y dirigiendo una mirada casi de desesperación a mis espaldas—. Son cosas que pueden suceder, señor Garfield...

Rápido, se retiró sin decir más. Yo había creído entender ya. No me sorprendió nada oír suaves pisadas a mi espalda y oír la voz amable de Zorbe, preguntándome:

—¿Hablabas algo con Caldwell, señor Garfield? Hizo mal: él no entiende mucho de las cosas de este departamento. Es sólo un auxiliar no demasiado espabilado. ¿Quiere algún informe concreto?

—No, nada —rechacé con una sonrisa trivial—. Sólo le había preguntado por el hecho del cambio de cuerpos en la cápsula de Arthur Farrow, pero él no parece saber nada.

—Nadie lo sabe —me dijo, mirándome fijamente, con cierta frialdad—. Es posible que

ello sucediera incluso antes de entrar yo aquí de servicio. Después de todo, ingresé en la empresa cuatro o cinco meses después de ser crionizado Farrow. Y creo que también por esas fechas fue crionizada esa actriz de porno. Chesty Lamont...

—Cree muy bien, Zorbe —dije con sequedad, encaminándome a la salida—. Ambos fueron crionizados en las mismas fechas... Le felicito por su buena memoria.

Salí, sin añadir más. Creo que dejé a Zorbe ligeramente preocupado, aunque lo disimuló. Pero lo que él no pareció advertir es que cuando cerraba las cámaras de crionización y almacenaje detrás de mí, yo observaba de soslayo sus movimientos sobre el sistema de cierre de seguridad.

Memoricé las cifras que marcaba en la cerradura electrónica. Eran las cifras 4-6-8, 3-5-7. Dos progresiones matemáticas semejantes, en pares y nones. No era difícil recordarlas.

Estaba dispuesto a utilizarla muy pronto.

En realidad, aquella misma noche, cuando no quedara nadie en la empresa, salvo el conserje nocturno de servicio.

CAPITULO VII

La ronda del conserje terminó. Consulté mi cronómetro, ajustando la hora.

Eran las doce y quince minutos, exactamente. Me había informado bien al respecto. A las doce cuarenta y cinco iniciaría otra ronda por la empresa. Disponía, por tanto, de treinta minutos justos. Quizás era suficiente para mi investigación clandestina en el interior de la entidad funeraria.

No me había sido difícil entrar, gracias a un duplicado de ciertas llaves, y una vez en el interior, me moví entre mesas, sillas y paneles de separación de las diversas oficinas, ahora extrañamente vacías y silenciosas, alumbradas por un leve resplandor procedente de las luces que permanecían encendidas durante toda la noche, que no eran demasiadas.

Llegué sin problemas a la zona destinada a Crionización. Manipulé el cierre de seguridad. Momentos después, estaba en el interior, también ahora sin otras luces que las precisas para dar alguna claridad a aquel lugar, habitualmente bañado en fría y cruda luminosidad. Me moví sigiloso, en dirección a la cámara donde se conservaban las cápsulas de crionizados, a la espera de su dudosa resurrección futura.

La primera cápsula que abrí fue la de Chesty Lamont. Se deslizó ante mí hacia el exterior el cuerpo envuelto en papel de aluminio, despidiendo su vaho fantasmal y gélido.

Me estremecí al empezar a desenvolver cuidadosamente aquella funda hermética. Era un acto ilegal. Pero también particularmente ingrato. Nunca me había gustado tener un contacto tan directo con la propia Muerte.

Apareció la rubia actriz de los enormes senos, reposando en el lugar elegido por sus avispados productores. Era suficiente. La envolví pidiendo mentalmente disculpas a la infortunada mujer, de cuyo cuerpo cubierto de cristales de hielo se desprendía aquel vapor que helaba la sangre en las venas con su sola presencia.

Retornó la exuberante Chesty al interior de la cámara. Me aproximé a la cápsula de Arthur Farrow. Hice la misma operación. De su interior emergió otra plateada envoltura.

La desenvolví también con cautela, procurando no dañar el papel,

aunque estaba seguro de que ninguno de aquellos cuerpos volvería jamás a la vida, por mucho que progresaran las ciencias en el futuro.

Era un hombre, ciertamente, quien yacía allí. Su rostro congelado apareció ante mí.

Pero tampoco esta vez pertenecía a Arthur Farrow, el hombre allí registrado. Yo sabía que no podía serlo, porque reconocí el cadáver en el acto.

Era el de Mike Caldwell, el empleado de Bacharah and Bacharah con quien hablara yo allí mismo horas antes. Debía llevar muy poco tiempo muerto y congelado. Alguien le había pagado un tiro en la sien. El negro orificio mostraba la oscura sangre coagulada, adherida a su alrededor.

En una mano del cadáver, fuertemente apretada, había un sobrecillo de plástico asomando entre sus crispados dedos. Lo arranqué de ellos, una vez dominado mi estupor inicial.

Podía ser harina o azúcar su contenido, un polvo nítidamente blanco. Pero yo había tenido en mi agitada adolescencia suficiente relación con las drogas como para saber que

no era una cosa ni otra. Aquello parecía heroína. Y debía de serlo.

* * *

Regresé por la mañana al trabajo con toda normalidad, como cada día. No notifiqué a nadie mi macabro hallazgo de la noche anterior, ni siquiera a mi amiga Ann Talbot. Había procurado no pensar en todo ello, pero lo cierto es que no pude pegar ojo. La imagen que de mí daba el espejo, no era nada reconfortante, la verdad.

—Parece muy demacrado hoy, Ross —me indicó Ann al verme, arrugando su ceño con preocupación.

—Sí, no he descansado muy bien —confesé de modo ambiguo.

—¿Alguna nueva preocupación? —se interesó ella.

—No, sólo insomnio —me limité a informar.

Ella pareció darse cuenta de que no quería sincerarme demasiado aquella mañana, y discretamente dejó de insistir en la cuestión.

Abordé mi trabajo, hasta que comencé a darme cuenta de que algo no

funcionaba.

Algunas idas y venidas de Selwyn Bacharah, cierto movimiento inusitado en su despacho y en el acceso a Crionización, comenzaron a inquietarme. Poco después, el teniente Warren y dos agentes uniformados, hicieron su entrada en las oficinas. Tras entrar en el despacho de Bacharah todos ellos, sonó mi teléfono. Lo alcé.

—Garfield al habla —dije, escueto—. ¿Quién llama?

—Soy yo, Selwyn Bacharah. ¿Quiere venir un momento a mi despacho, por favor?

—Claro —asentí—. En seguida, señor Bacharah.

Colgué. Una lucecita roja se acababa de encender en mi cerebro. Sumé dos y dos, y me dieron cuatro con pasmosa lógica. Algo había salido mal. Recordé mi visita nocturna a Crionización. Estaba seguro que nadie me había visto. Yo había utilizado guantes. Por tanto, no había podido dejar huellas. ¿Entonces...?

Bacharah me llamaba a su despacho para ser allí arrestado por el teniente, eso era obvio. Recordé el cadáver de Caldwell, la bolsita de heroína... y mis antecedentes penales.

Abrí la puerta del despacho, saliendo con toda naturalidad. Me acerqué a Ann Talbot, que pasaba con unas carpetas bajo el brazo. La detuve un momento.

—Ann, ¿sabe si los departamentos poseen objetivos de televisión en circuito cerrado para grabar cualquier anomalía mientras la empresa permanece cerrada? —pregunté.

—Sí —dijo ella, mirándome con ojos muy abiertos, francamente sorprendida—. ¿Por qué me lo pregunta, Ross?

—Por nada —suspiré—. Oiga lo que oiga desde ahora, querida Ann, no le haga demasiado caso. Le juro que soy inocente de todo y sólo buscaba la verdad.

—¿Inocente de qué? Temo no entenderle. Ross. Hoy le veo algo raro...

—Tengo mis motivos para ello —caminé con normalidad junto a ella, mis ojos fijos en la salida, pero aparentando no darme cuenta de ello. Vislumbré en los corredores del exterior la presencia de otros dos policías de uniforme. Empezaba a comprender que no sería

tarea sencilla, ni mucho menos, la salida del edificio—. Espero poderme comunicar con usted de alguna forma cuando tenga que estar lejos de aquí, Ann.

—¿Lejos de aquí? Sigo sin entenderle —me miró, preocupada—. ¿Seguro que se encuentra bien?

—No, no estoy demasiado seguro —sonreí algo forzado—. Adiós, Ann.

Había llegado ante las grandes vidrieras de la salida. Apreté su brazo con calor y, ante su asombro, crucé con rapidez esas puertas, dirigiéndome a los ascensores del edificio.

Ann se quedó parada, sin entender nada. Yo vislumbré al teniente Warren asomando impaciente por la puerta del despacho de Bacharah.

Los policías del extremo del pasillo, miraron hacia mi. No sé si me conocían o no, pero yo fingí caminar con toda naturalidad, inclinada la cabeza hacia el suelo para no dejarme ver con demasiada claridad. De un ascensor salieron varias personas en ese momento.

Rápido, me metí en él cuando los agentes uniformados venían ya a mi encuentro, vacilantes. Oprimí el botón de la planta baja. El ascensor se cerró con rapidez, mientras los policías corrían ahora hacia él, seguros de que su presa intentaba escapar. Allá, en las oficinas, el teniente Warren corrió hacia la salida, gritando algo.

La puerta se cerró tras de mí. El ascensor inició el rápido descenso. Imaginé lo que me encontraría al pisar el vestíbulo del edificio: más policías, aguardándome con los brazos abiertos.

Sonreí duramente y pulsé otro botón. Era el del segundo sótano del edificio. Yo sabía que ése correspondía al parking subterráneo, de donde salían las furgonetas de la empresa hacia la puerta por donde el vehículo que atropelló a la señora Farrow había salido aquella mañana imborrable de mi primer día de trabajo en la firma.

Impaciente, observé el desfile vertiginoso de números en el indicador luminoso del ascensor, a medida que salvaba los distintos niveles del edificio en mi descenso. Allá fuera, a estas horas, debía de haber un buen jaleo, organizándose la cacería de la presa en fuga.

Tal vez era una locura huir. Pero quedarse también lo era. Warren me metería entre rejas. Si, como ahora sabía, mi imagen había quedado nítidamente grabada en un video del sistema de seguridad de la empresa, extrayendo el cuerpo de Caldwell de su cápsula de

cionización, y quitándole la bolsita de heroína de entre los dedos, ¿no era lógico pensar que yo sabía ya de la presencia de ese cadáver en lugar del siempre evanescente cuerpo del auténtico Arthur Farrow, y que había regresado allí de noche, clandestinamente, para recuperar la droga? Y si era así, ¿no era lógico deducir que yo pegué el tiro al ayudante de Norman Zorbe, dejando allí el cuerpo oculto?

Drogas, asesinato... La empresa Bacharah empezaba a mostrar un rostro que no me gustaba nada. Pensándolo bien, nada más sencillo que traficar con narcóticos en una empresa de pompas fúnebres. Nadie sospecha demasiado de una red vial de drogas que puede cubrir prácticamente todo el país bajo la máscara de traslado de féretros, restos humanos, etc. ¿Quién era el responsable de ese tráfico criminal, desde dentro de la propia empresa?

Lo evidente es que Caldwell había querido decirme algo la tarde anterior, cuando su compañero Zorbe nos interrumpió. Y que ese algo, posiblemente, había sido causa de su muerte para que no hablase de más. El tal Norman Zorba, máximo responsable del

Departamento de congelación de cadáveres o de lo que fuesen legalmente aquellas personas en espera de una segunda vida, tenía a mi juicio que aclarar muchas cosas. Pero Warren y la policía habían preferido elegirme a mí de chivo expiatorio. Y yo no estaba dispuesto a que me colgaran asesinatos y drogas encima, mientras el verdadero culpable permanecía impune. Si me metían entre rejas, estaba seguro de que ya nunca saldría de ella, salvo para ir a un juicio por asesinato y tráfico de narcóticos. Mis antecedentes pesarían como plomo en el momento de ser acusado.

Cierto que escapando tampoco resolvía gran cosa, pero al menos estaba libre y tenía una posibilidad, una sola de librarme de tan negro futuro: descubrir al verdadero culpable, encontrar pruebas contra él o hacerle confesar.

El ascensor llegó al segundo sótano. Se abrieron las puertas. Vi ante mí un largo corredor de gran amplitud, en cuyo muro se leía un indicador luminoso en rojo:

«Parking reservado para Bacharah and Bacharah.» Es justamente lo que había estado buscando. Pero ahora, también los policías andarían lanzados tras de mí, al ver pasar de largo el ascensor por la planta baja.

Corrí a la desesperada hacia el *parking*, repleto de furgonetas

funerarias, coches negros y severos, e incluso un camión cargado aún con ataúdes vacíos. Salté al interior de la furgoneta más próxima, y la puse en marcha sin vacilar, tras ponerme la gorra de visera de empleado de pompas fúnebres. El automóvil subió veloz por una rampa, en dirección a la calle.

Al virar en el nivel del sótano, aparecieron dos policías armados de revólver delante de mí. Los embestí sin vacilaciones, y ellos dispararon, arrojándose a ambos lados para evitar el atropello. Una de sus balas agrietó el parabrisas de mi furgoneta, pero no me alcanzó.

En la planta de la calle, enfilé la rampa de salida a toda velocidad. Otro policía me dió el alto, corriendo hacia mí. Hice describir un violento zigzag al coche, para evitar que sus disparos alcanzaran los neumáticos o el depósito de combustible, y salí disparado a la calle, mientras el agente armado se lanzaba también al suelo como buenamente podía, para no ser arrollado.

Conduje como si estuviera en Le Mans o en el circuito de Indianápolis. Salté parte de la acera, crucé el paso de peatones cuando ya cambiaba el semáforo, y viré en la calle inmediata, bruscamente, para volver a virar poco después con un agrio aullido de neumáticos en el asfalto. Tras de mí, oí ulular una sirena de policía. La cacería implacable había comenzado. Ahora, yo era la fiera a cazar en la jungla de la gran ciudad.

Metí la furgoneta por una callejuela, y salí a otra calle repleta de público, saltándome dos semáforos mientras pulsaba violentamente el claxon. Una y otra vez viraba en las esquinas con suicida espectacularidad, hasta que de repente me vi en una zona tranquila, lejos del tráfico denso y de la sirena policial, que sonaba muy distante. Metí la furgoneta entre la valla de un solar y el muro de un almacén, y salté a tierra, dispuesto a dejar allí el mortuorio vehículo, para tomar otro menos visible y más rápido que me alejara definitivamente de allí.

Al pisar el suelo, vi que las puertas de atrás golpeaban con fuerza. Se habían abierto durante la carrera, tal vez porque no estaban muy bien cerradas. Pero no iba a perder tiempo asegurándolas. Pasé rápido ante ellas, camino de alguna parte.

Y me paré en seco. Regresé a la furgoneta. Miré en su interior, acolchado y dispuesto

para el traslado de féretros. Allí dentro había algo, pero no era un

ataúd ni un cargamento de flores. Subí al interior. Volví el cuerpo tendido sobre el suelo del vehículo. Era el de un hombre con uniforme de la empresa, pero sin gorra.

Le reconocí. Le había visto una sola vez, pero bastaba. El rostro tosco y poco agradable de Clarence Ford, el conductor de furgonetas que arrollara a la señora Farrow, yacía en medio de su vehículo, con un agujero bastante feo entre sus dos cejas. Estaba tan muerto como toda la clientela de Bacharah and Bacharah. Seguramente la misma bala que mató a Caldwell, había terminado también con su vida.

—Infiernos —murmuré, saltando fuera de la furgoneta y alejándome de ella con rapidez—. Esta es una buena ristra de cadáveres... Seguro que me echarán encima también esa muerte... Un asesino parece haberse vuelto loco y va sembrando todo de víctimas...

Cuando oí de nuevo las sirenas lo bastante cerca para resultar inquietantes, yo ocupaba ya un taxi, en dirección al centro de la ciudad, con aire tranquilo y como si no estuviera sucediendo nada.

CAPITULO VIII

—Soy Ann Talbot. ¿Quién llama, por favor?

—Yo, Ross —dije.

—¡Ross! —su voz tuvo un matiz angustiado de repente—. Dios mío... ¿Dónde está?

—No esperará que se lo diga, Ann.

—¿Es que no confía en mí? —había reproche en su tono.

—¿Acaso es usted quien confiaría ahora en lo que yo le dijese? —repliqué.

—Sí. Sé que es inocente. No pudo- matar a Caldwell... y a Ford.

—¿De modo que ya encontraron también al otro?

—¿A Ford? Claro. En la furgoneta de él, la que usted usó para escapar. Le acusan de varios asesinatos y de tráfico de drogas. Es horrible, Ross...

—Lo suponía. Dígame lo que ocurre por ahí. Donde estoy ahora, me es difícil averiguar?

nada, Ann.

—El teniente Warren está furioso. Parece ser que usted tiene antecedentes con tráfico de drogas...

—Sí, es una de las cosas que tuve que hacer para sobrevivir, cuando era un muchacho acosado, un perro rabioso de las calles. Pero eso pasó. ¿De veras cree en mí, Ann?

—Ciegamente. Sé que no pudo matar a nadie... ni traficar con narcóticos.

—Bendita sea —suspiré—. Es bueno tener al menos a una persona que crea en uno. Le aseguro que nada tuve que ver con todo eso. Buscaba una cosa y me encontré otra.

Ignoraba que ese negocio fuese la tapadera de alguien para traficar con heroína y cosas así. Caldwell debía de estar en el asunto.

Por eso le mataron. Lo de Farrow había asustado a alguien, y hubo de taparle la boca. Lo mismo que a Ford, que mató a la señora Farrow por encargo, no por accidente.

—Es una historia atroz, Ross...

—Lo sé. Creo que es aún peor de lo que imagina. Ann. Estoy oculto, y he tenido muchas horas para reflexionar, para atar cabos... No soy un detective profesional, pero tengo mi lógica y me he puesto a darle vueltas a las cosas en mi mente. ¿Ha visto a Zorbe por allí después de mi fuga?

—Sí. Le observé atentamente. En seguida noté que tenía algo que ver en el asunto. Está muy nervioso, se muestra inquieto por algo... Hoy se marchó pronto de la oficina.

—Lo suponía —sonreí duramente—, Zorbe es la clave de todo el asunto.

—¿Usted cree, Ross? ¿Puede ser el asesino?

—Puede serlo, o trabajar para el asesino. He estado en una hemeroteca de la ciudad. El día que murieron Arthur Farrow y Chesty Lamont, hubo desaparecidos, como hay casi siempre en Nueva York.

—¿Y eso qué significa? —se extrañó ella.

—Nada. O mucho, Ann. He examinado la lista de desaparecidos de ese día: es bastante extensa, pero casi todos son mujeres, un par de ancianos y seis niños. Sólo hay un hombre joven desaparecido sin dejar rastro: Leslie Fry.

—¿Quién es?

—No lo sé. Pero tenía la misma edad que Arthur Farrow.

—¿Y...?

—Repasando desapariciones, he comprobado que otro día desapareció una mujer joven y de bella figura, con cabello levemente rojizo. Una camarera llamada Jennie Craig.

—Sigo sin entender una palabra.

—Es sólo una teoría, Ann. Una descabellada teoría. He llamado a Personas Desaparecidas. Me han confirmado que ni Leslie Fry ni Jennie Craig han aparecido jamás.

Empiezo a tener una idea. Es fantástica, pero explicaría muchas cosas oscuras Ann.

Necesito su ayuda. ¿Cree que podrá prestármela?

—Estoy segura —afirmó ella, rotunda—. Confíe en mí, ya se lo dije, Ross. Ciegamente.

—Gracias, criatura —resoplé—. Escuche esto: vamos a reunimos en un cierto lugar. No será agradable, pero la espero allí... esta madrugada, a ser posible.

—¿Esta madrugada? ¿En qué sitio, Ross?

—Ocurra lo que ocurra, no deje de ir. Se trata del cementerio de Queens.

—¡El cementerio! —una nota de horror flotó en su voz repentinamente—. Pero...

—Haga lo que le digo, Ann. Ocurra lo que ocurra, no falte. A la puerta del cementerio.

Yo me reuniré con usted a las tres lo más tardar. Y no tenga miedo. Los muertos nunca causan daño a nadie. Sólo debe desconfiar de los vivos. Ah, otra cosa: vea que no la sigan.

Podría sospechar la policía de nuestra amistad y...

Me detuve en seco. La voz de Ann me llegó por el auricular:

—Ross, por favor... ¿Qué pasa?

—Lo siento —jadeé—. Hay peligro. Me voy. Hasta luego, Ann.

—¡Ross!

Colgué sin más. Ya era tiempo. Los dos agentes uniformados habían salido del coche patrulla. Venían hacia la cabina pública desde donde yo telefoneaba. Uno iba aproximando su mano al revólver.

Tal vez les habían mostrado ya mi fotografía o tenían mi descripción. La luz de la cabina me alumbraba de lleno. Abrí la puerta con naturalidad, como si hubiese terminado mi conferencia normalmente. Eché a andar hacia ellos, indiferente, encendiendo un cigarrillo. En realidad, tenía todos mis nervios en tensión.

—Eh, usted —llamó uno—. Venga aquí.

—¿Es a mí? —pregunté, con aire sorprendido. Sonreí al asentir ellos—. Claro, agente.

Ya voy. ¿Ocurre algo?

—Identifíquese, por favor —pidió secamente el otro—. Cuidado con lo que hace.

—Por supuesto —dije— Mi nombre es Riordan. Paul Riordan, de Chicago...

—A ver sus documentos —exigió, con su revólver a medio extraer, mirándome pensativo.

—Claro, agente —sonreí con más amplitud—. No faltaba más...

Busqué en mi bolsillo. Saqué mi billetero con dos dedos. Se lo alargué...

Cuando iba a tomarlo confiadamente el otro, actué. Era el momento. Descargué un seco mazazo al policía, aturdiéndole. El otro gritó, extrayendo su revólver, y yo le arrojé encima a su compañero. Ambos rodaron por el suelo. Eché a correr en zigzag, hacia su propio coche patrulla, y penetré en él de un salto, cerrando la portezuela. Puse en marcha el vehículo y lo lancé a toda velocidad, poniendo en funcionamiento la sirena.

Cuando arrancaba, justamente, sonaron los disparos. Las balas zumbaron junto al

coche policial. Una de ellas penetró por la ventanilla. Sentí su impacto ardiente en mi hombro izquierdo, y supe que me habían alcanzado. La sangre brotó de la herida.

Logré virar en la esquina inmediata, lanzado a tumba abierta a través de la noche, conduciendo un coche de la policía mientras el agente seguía disparando a mis espaldas.

La sirena me abriría paso a través del tráfico y eso me permitiría quizás eludir la persecución.

Pero el hombro, con su bala dentro, dolía cada vez más. Y la sangre corría más copiosamente por mi brazo...

EPILOGO

Maldita sea, estoy llegando al final.

Herido, acosado, perseguido por toda la policía de la ciudad... Yo, torpe de mí, aún lucho contra todo eso. Todavía pretendo llegar al final, sintiendo ese dolor insufrible en mi hombro herido, luchando contra reloj, dirigiéndome al encuentro de mi cita con la muerte.

Son ya las tres menos diez de la mañana. Y el cementerio de Queens está cerca. Me pregunto si todo será como he imaginado, si la mente criminal que planeó todo este juego infernal contra mí ha sido tan astuta y tan despiadada como para disponer sus bazas de modo tan siniestro e increíble...

Pronto, muy pronto, sabré si tengo razón.

Pero para entonces, quizás sea demasiado tarde...

* * *

A las tres en punto llegué al cementerio.

Ann Talbot no aparecía por parte alguna. Miré en derredor, recorriendo con mirada angustiada los árboles, el césped y las tumbas del cementerio lujoso. Ni rastro de ella. Me pregunté si habría decidido no acudir, si habrían ido los policías a por ella por alguna razón...

Era igual. Lo haría yo solo. Tal vez era mejor así. No arriesgaría ninguna otra vida.

Aunque tampoco tendría esperanzas de salvación si todo era como imaginaba.

Iba al encuentro de la propia Muerte y lo sabía. Casi podía sentir ya en contacto con su Iría epidermis...

Avancé por el oscuro y desierto cementerio sin dificultades. Si había allí algún guardián nocturno, posiblemente estaría tranquilamente en su albergue. Nadie acude hoy en día a robar a los muertos, y menos en pleno Nueva York.

Al fin, el majestuoso mausoleo apareció ante mí. Los pétreos ángeles que guardaban el eterno reposo de Sharon Bacharah parecían recortarse en la noche como figuras vivas descendiendo de los cielos. Debajo de ellos, la puerta cerrada electrónicamente, guardaba el acceso a la última morada de la hermosa Sharon.

Miré a uno y otro lado, vacilante. Los leves roces de la brisa en la hojarasca de los árboles o en el crecido césped cobraba en aquel silencio una importancia e intensidad estremecedoras.

Me aproximé al mausoleo de los Bacharah. Probé la puerta metálica. Parecía imposible abrirla. Su oculta cerradura, de circuito electrónico, aseguraba la paz para quien allí moraba. Solamente mediante un sistema también electrónico podría abrirse. Lo había oído decir durante el funeral.

Pero yo probé de otro modo. Extraje un revólver del bolsillo. Lo había encontrado en el coche-patrulla robado a los agentes aquella noche. Su estruendo iba a ser excesivo para el lugar donde estaba, de modo que me despojé de la chaqueta, la doblé sobre la cerradura y apoyé el cañón del arma encima.

Apreté el gatillo. El arma tronó, pero la tela acolchó el ruido, haciéndolo parecer un sordo taponazo de botella. Hubo un chasquido en alguna parte, un chisporroteo en un cuadro de circuitos dentro de la cripta... y la puerta cedió a mi presión.

Entré en la morada de la muerte, tras guardar el arma. Bajé unos escalones de piedra, empujé una vidriera emplomada y me encontré dentro de la tumba de Sharon.

—Bien... —hablé en voz alta, con un suspiro—. Ya estoy aquí. He llegado hasta el final.

Veamos lo que me reserva el destino.

Encendí la luz del interior. Varias falsas bujías con bombillas eléctricas brillaron mortecinamente en el silencio profundo de la cripta. En medio de ésta, sobre un pilar de mármol, se hallaba el sepulcro de Sharon Bacharah. Dentro de una urna, el metálico féretro suntuoso de la bella difunta.

Lo contemplé en silencio. Me incliné, tanteando el ataúd por todas partes. Mis dedos recorrieron sus brazos, su superficie toda, hasta detenerse en las letras de oro. Las oprimí, como había hecho con todos los salientes de la caja fúnebre.

Al pulsar la letra S, ocurrió algo.

La tapa del ataúd empezó a deslizarse silenciosamente sobre la caja. Esta quedó abierta. Asomé al interior de la misma.

Sobre el raso suntuoso que la decoraba no había nadie en absoluto. La caja estaba vacía.

—¿Ya lo ha descubierto. Garfield? —preguntó la voz a mi espalda.

Me volví. No tuve tiempo de empuñar mi arma. Norman Zorbe, el empleado de crionización, estaba allí, a mi espalda. Y me apuntaba con una automática provista de silenciador. Era una 38. El mismo calibre, sin duda, del arma que mató a Caldwell y a Ford.

Por la sencilla razón de que debieron morir asesinados por la misma pistola que ahora me encañonaba a mí.

—Buenas noches, señor Zorbe —saludé con ironía, mientras él, con rápido gesto, me despojaba de mi revólver sin dejar de apuntarme—. ¿O prefiere que le llame por su verdadero nombre de ARTHUR FARROW?

* * *

—Arthur Farrow está muerto. Garfield —rió él tras mirarme con cierta sorpresa.

—No, no. Arthur Farrow no murió nunca. *Es usted*.

—¡Qué tontería! —se mofó—. ¿Y mi madre no iba a reconocermesiquiera?

—Su madrastra —rectifiqué suavemente—. No podía reconocerle. En seis meses hay suficiente tiempo para cambiar un rostro a través de la cirugía plástica. Lo suficiente para engañar a una mujer de edad y de no muy buena vista. Lo que ya no podía engañarla era el cadáver de Chesty Lamont, pongamos por caso.

—Oh, ese estúpido error lo hundió todo. Fue cosa de Caldwell, maldito sea.

Ocultábamos la heroína en las cápsulas criónicas. Un buen escondrijo, ¿no? Cuando el alijo era demasiado grande, había que extraer los cuerpos y ponerlo debajo... En una de esas maniobras, el estúpido de Caldwell lo estropeó todo.

—Y usted tuvo que matar a su madrastra, ¿no es así?

—Fue todo tan penoso... —resopló Zorbe con cínico pesar—, Pero no había otro remedio. Después de todo ella era vieja, achacosa, y

nosotros... es decir, yo...

—No, no —sonreí, mirándole con fijeza—. Puede decirlo todo, Farrow. Ya no tiene objeto mentir. Sabe que lo he averiguado todo. Puede decir *nosotros*, porque usted no está solo en todo esto. Supo aprovecharse de la muerte, para su gran negocio de drogas, como supo hacerlo para otras cosas. Arthur Farrow nunca tuvo tumor cerebral, como su padre, ¿no es cierto?

—No, no es cierto —rió—. Pero unas radiografías y análisis de otra persona engañaron no sólo a mamá, sino a todo el mundo...

—Oh, por supuesto. Y de ese modo, usted se tomó alguna droga, fingiéndose muerto, para después recuperarse y poner otro cadáver en su lugar: el cuerpo crionizado fue el de un tal Leslie Fry a quien usted asesinó, ¿no es verdad?

—Sabe mucho, Garfield. ¿Cómo pudo llegar tan lejos —se extrañó él.

—Simple deducción —me encogí de hombros—. Supongo que lo hizo para despojar a su madre de todo el dinero, que era legalmente de ella, mediante un desfalco en su cuenta, que la infortunada no descubriría hasta mucho después de *morir* su hijastro. Ese dinero, en su poder entonces, le sirvió para adoptar una nueva identidad y poder entrar a trabajar como Norman Zorbe... no lejos de su amante, la persona que le indujo a todo este fantástico plan de falsa muerte que su propio cómplice, andando el tiempo, repetiría con éxito, ¿no es cierto?

Otra vez hubo ruido a mis espaldas. Me volví. Una puerta de mármol se había abierto en el muro de la cripta, apareciendo en ella una persona a quien yo conocía muy bien.

Traía en su mano una copa de champaña, y comentó burlona al ver la escena:

—Eres muy inteligente, querido Ross. Demasiado inteligente para vivir...

—Pero yo sí moriré de verdad, ¿no, *querida Sharon*? —musité—. No será como la muerte de tu amante y cómplice Farrow, con quien vas a huir lejos de aquí cuando tengáis la suficiente fortuna reunida con ese tráfico de narcóticos y puedas decir adiós a tu odiado esposo, ¿verdad? Ni como tu muerte, Sharon admirada, que fingisteis ambos con un atropello preparado, pero dejando en el asfalto el cuerpo de otra persona, una tal Jennie Craig, desaparecida en el mismo día de tu

muerte... Esa pobre chica iba inconsciente, oculta sin duda en un compartimiento especial, entre las ruedas del camión.

Soltó Farrow su cuerpo mientras tú te metías en ese compartimiento, y aplastó a la muchacha, fingiéndose así tu muerte con todo realismo. Yo sería el testigo de que así había ocurrido...

—Perfecto. Ross. Además de buen ejecutivo eres un gran detective —suspiró ella—.

Pero un gran tonto por venir aquí a sacrificarte, demostrándonos lo listo que eres. ¿Sabías también que esta cripta fue construida por mí, colaborando unos expertos muy bien pagados en los planos de la misma, para dejar dentro un sistema de supervivencia adecuado, y un compartimiento secreto donde ocultarme durante un tiempo? El féretro, naturalmente, fue también encargo mío, que entre Zorbe... quiero decir Arthur y el difunto Ford, se ocuparon de proporcionarme cuando me condujeron aquí, y el cadáver destrozado de aquella chica fue hecho desaparecer.

Sharon sonreía, satisfecha de sí misma y de su gran astucia criminal. Su cómplice, el

joven Farrow, parecía tan feliz como ella. Ambos sabían que mi vida no valía en ese momento ni un centavo.

—Sí, Sharon —afirme—. Sabía todo eso. Por eso vine hoy hasta aquí.

—¿A morir estúpidamente? —me reprochó irónico Farrow.

—¿Qué más da? —me encogí de hombros—. Elegisteis bien desde un principio, yo era la víctima adecuada. El hombre idóneo para el truco. Luego una vez os sirviera, se descubriría mi pasado y sería el culpable ideal para la policía. Os felicito a ambos.

—Lo siento por ti. Ross. Hubiera sido mejor que la policía se ocupara de ti. De este modo. Arthur tendrá que matarte. Luego informará a la policía, y hasta le felicitaran por haber dado muerte a un criminal perseguido por la ley... Todo fácil. Bien, querido Arthur, acaba ya con él. Yo esperaré en nuestro refugio...

Se encaminó de nuevo a la puerta disimulada en el mármol. Farrow movió el dedo en el gatillo, mirándome malignamente.

En ese momento apareció el teniente Warren en la entrada, con Ann Talbot y media docena de policías armados con revólveres. Sharon

gritó, pretendiendo desaparecer en su cámara oculta. La cazaron antes de ello. A Farrow le quitaron el arma sin que él opusiera resistencia.

Ann Talbot se acercó a mí. Me miró. Y la abracé. Ella rompió a llorar.

—Pudieron matarte, Ross... —gimió.

—Infierno, claro que pudieron hacerlo —bramó el teniente, mirándome huraño—.

Menos mal que el teléfono de la señorita Talbott estaba intervenido, y yo dispuse las cosas en el cementerio. Quería saber lo que andaba usted buscando, Garfield. Sí he de serle sincero, nunca sospeché de usted. Era un culpable demasiado fácil. Pero esto de aquí..., esta locura fúnebre... tampoco la imaginé jamás.

—Gracias, teniente —suspiré, besando los cabellos de Ann—. Estaba seguro de que el teléfono estaría intervenido. Y pensé que usted actuaría como lo hizo, si era tan buen policía como yo imaginaba...

—Vaya. ¿Conque de pillo a pillo? —gruñó, mirándome airado—. Escuche, Ross, ¿por qué no acepta un puesto en la policía y deja ese negocio de la funeraria?

—No sé aún lo que haré, teniente, pero desde luego, no pienso seguir en el negocio de la muerte ni un día más —abracé a Ann, que temblaba de emoción, y miré por encima de su hombro a Sharon y a Farrow que, esposados y lívidos sus rostros por la ira y la frustración, también me miraban a mí. Dije lenta, cansadamente—: Lo siento, Sharon.

Usted jugó con la muerte. Y ese es siempre un juego peligroso... que puede terminar con la propia muerte.

F I N

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.